



WORLD
WARCRAFT
THE WAR WITHIN™

LA PERDICIÓN DE K'ARESH

POR ADAM CHRISTOPHER



1

LA VOZ DEL VACÍO

HISTORIA

ADAM CHRISTOPHER

ILUSTRACIONES

CYNTHIA SHEPPARD

EDITORIAL

CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE

COREY PETERSCHMIDT, CHEUNG TAI

ASESORÍA DE TRASFONDO

SEAN COPELAND

CONSULTORÍA CREATIVA

RAPHAEL AHAD, NICHOLAS MCDOWELL,
CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS,
KOREY REGAN, STEPHANIE YOON

PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, ANASTASIIA NALYVAIKO,
TAKAYUKI SHIMBO, VALERIE STONE



© 2025 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son productos de la imaginación del autor o artista, o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas (vivas o muertas), negocios, eventos o ubicaciones reales es fruto de la casualidad.

Blizzard Entertainment no controla ni asume ninguna responsabilidad sobre los sitios web y contenidos de los autores o terceras partes.

Había cierta belleza en aquel lugar, incluso ella debía admitirlo. Una belleza nacida de la tragedia y el horror, pero, de momento, Alleria Brisaveloz desechó aquellos pensamientos mientras se ponía en pie sobre un pico muy elevado y sin nombre en el borde de la Falla de Telogrus. Observó fijamente la furia violácea del Vacío que se arremolinaba alrededor de los restos destrozados de aquel mundo perdido para hallar... perspectiva. Consuelo.

«Cuéntaselo todo a Khadgar». «Yo volveré a Dalaran cuando pueda».

Sus palabras la atormentaban. Había sido una evasiva, una forma de eludir sus responsabilidades. En aquel momento, la amenaza para Azeroth le resultaba demasiado grande, demasiado abstracta. Sí, la Presagista Xal'atath, se acercaba, y su planeta se enfrentaba a un desafío sin parangón.

Igual que ella. A través del Vacío, dominaba un poder innombrable, pero con un precio: aunque la oscuridad formaba parte de ella, también era cierto *a la inversa*. Xal'atath lo sabía y podría tratar de usar a Alleria para algún propósito desconocido.

Una vez más, Alleria pensó que su conexión con la oscuridad era más una maldición que una bendición.

Y ello a pesar de que la propia Azeroth se encontraba al borde de la destrucción. Alleria era consciente de que contaba con amigos y aliados a los que podía acudir, pero ¿eran rival para la Presagista? ¿Un ser que había sobrevivido miles de años y que había presagiado la aniquilación de incontables mundos? Además, en aquel momento, no estaba segura de que fueran capaces de hacerle frente. Había pasado poco tiempo desde la confrontación con el fantasma de su amado, Turalyon, al que Xal'atath había conjurado para...

¿Para qué? ¿Para matarla? No, nada tan mundano.

Lo había hecho para *desconcentrarla*. Y había funcionado. Había caído de cabeza en los planes de la Presagista. No estaba preparada para ello, y en su interior ardía el miedo a la victoria de Xal'atath.

—Percibo una mente inquieta.

Alleria apartó la mirada del infinito y vio que el Peregrino se acercaba a paso lento. Respiró profundamente.

—Peregrino, necesito *respuestas*. Dijiste que crees que Xal'atath pretende que a Azeroth le ocurra lo mismo que le hizo Dimensius a K'aresh. Debo... Debo saber todo lo que ocurrió en este lugar. No pretenderás que...

El Peregrino flotaba frente a ella, inmóvil, y Alleria comprendió que se quedaría allí para siempre, esperando pacientemente a que se serenase. Pero no estaba segura de poder hacerlo. Esta vez, no.

Bajó la cabeza. Sabía lo que quería decir, lo que *debía* decir, pero... ¿no habían pasado por aquella misma situación muchas otras veces? Ella quería ponerse en marcha y proteger su planeta, pero él no le daría respuestas hasta que comprendiese la lección que pretendía mostrarle. Pisaba terreno conocido, por el que ya había transitado a menudo. Pero era una situación de la que no podía escapar. El fantasma de Turalyon le había demostrado de forma admirable que necesitaba sabiduría.

—Tengo miedo —dijo al fin, mirando fijamente al Peregrino—. De Xal'atath. Del pasado. De lo que le ocurrió a K'aresh. De lo que le ocurrirá a Azeroth. —Hizo una pausa—. Pero, sobre todo, por primera vez en años, tengo miedo de *mí misma*. Del Vacío que albergo en mi interior. Un poder que creía que había aceptado hace mucho tiempo.

—El miedo no debería avergonzarte —respondió el Peregrino—. El Vacío es algo terrible. Eso no lo voy a negar. Ya has aprendido a convivir con el hecho de que forma parte de ti, a pesar de que nunca llegues a aceptarlo de todo. Igual que yo debo aceptar mi propia naturaleza.

Alleria cerró los ojos.

—Quizá Lothraxion estaba en lo cierto —susurró—. Una vez que dejas entrar a la sombra en tu corazón, todo acaba en locura.

La risa del Peregrino sorprendió a Alleria. Abrió los ojos y vio que su forma etérea retrocedía un paso mientras las hombreras doradas y púrpuras se sacudían.

—¿Mi dolor te divierte?

—Lo que me divierte, Alleria —dijo él mientras inclinaba el rostro inescrutable y cubierto de vendas— es que recuerdes unas palabras que se pronunciaron hace tanto tiempo y no las mías.

—Pues dímelas de nuevo. Habla conmigo. Me gustaría oír tu consejo. —Notó cómo se le hundían los hombros—. Sé que he de encontrar el equilibrio de nuevo, pero también debo conocer el desastre que nos amenaza si pretendo evitarlo.

Los dos se quedaron sobre aquella cima mirándose durante unos instantes hasta que el Peregrino se dio la vuelta.

—Ven —dijo el Peregrino mientras comenzaba a bajar por la ladera.

Alleria no se movió.

—¿Adónde?

El Peregrino no se detuvo.

—Tenemos una tarea por delante.

—¿Qué tarea? ¿Tenemos tiempo?

Ante esta pregunta, el Peregrino se detuvo y se volvió para mirarla.

—Quizá. O quizá no. Pero creo que este cometido te será de gran ayuda.

—Mucho ruido y pocas nueces.

El Peregrino asintió.

—En esta parte de la Falla de Telogrus habita un aparecido del Vacío que anda suelto. Es peligroso y debemos eliminarlo, pero está camuflado. Esta cacería será terapéutica para ti y quizá también para mí. Es posible que te otorgue cierta perspectiva

sobre tu propia naturaleza. Hasta puede que recuperes la confianza en ti misma, que ahora yace rota.

Alleria frunció el ceño.

—Mucho prometes. ¿Y cómo exactamente va a aclararme la mente la cacería de una criatura del Vacío?

—Porque mientras la rastreamos, te voy a contar una historia —respondió el Peregrino.

Movida por la curiosidad, Alleria avanzó hacia él. El Peregrino aflojó el paso para mantenerse a su lado.

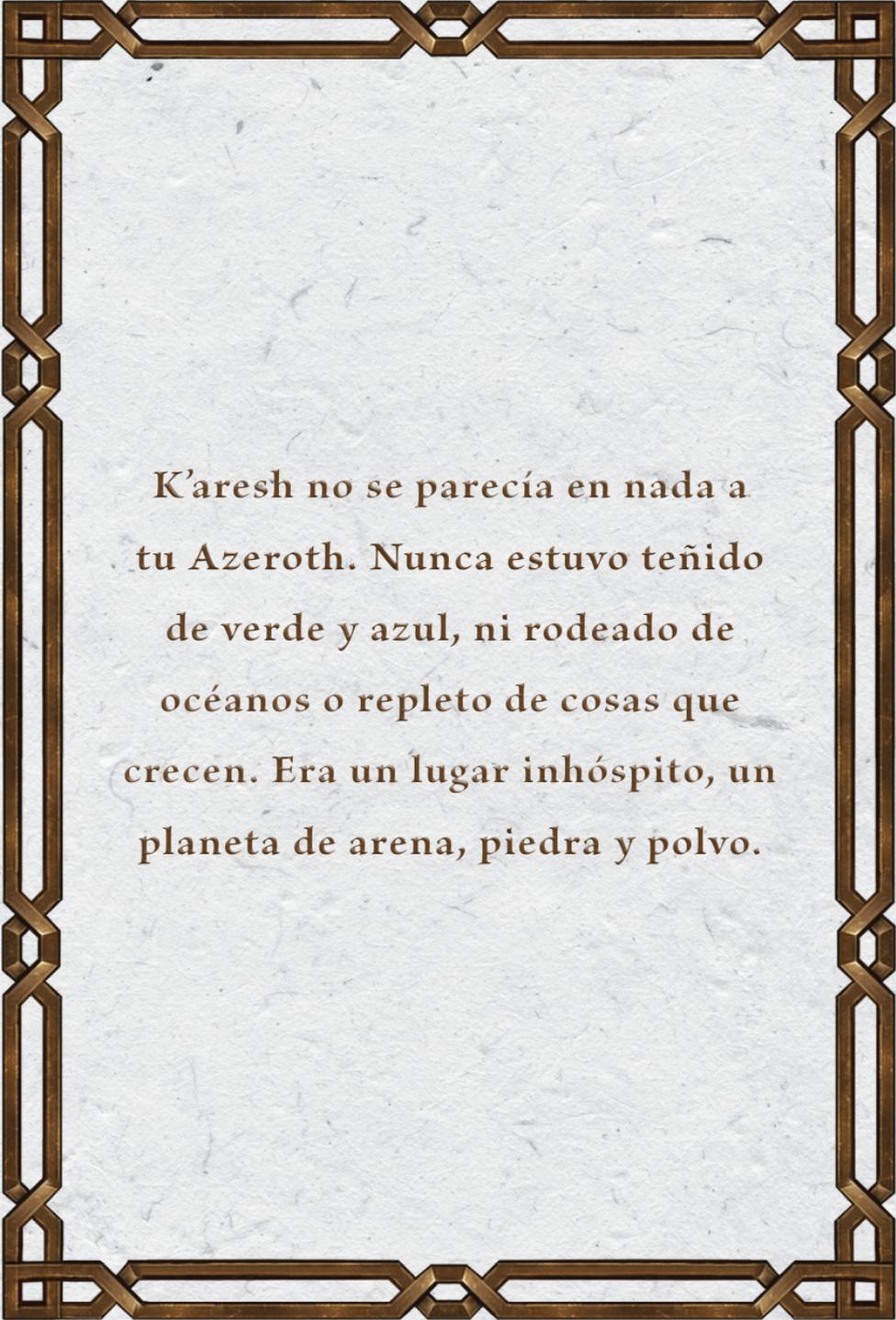
—Es una historia sobre el equilibrio —dijo—, sobre mi mundo, K'aresh, y la perdición que se abatió sobre él...



K'aresh no se parecía en nada a tu Azeroth. Nunca estuvo teñido de verde y azul, ni rodeado de océanos o repleto de cosas que crecen. Era un lugar inhóspito, un planeta de arena, piedra y polvo. Pero había algo más en él, una especie de magia, y quizá fue gracias a esa magia que la vida pudo abrirse paso, como suele hacer. Nosotros, los k'areshi, amábamos aquel planeta tan complicado y creábamos cualquier cosa de la que careciera. Las lecciones sobre supervivencia se convirtieron en nuestros medios para sobrevivir hasta que, pasados algunos milenios, nuestra sociedad creció y se transformó en una gran telaraña de ciudades-estado.

La que yo consideraba mi hogar se llamaba Ma'nussa. Yo era un tecnomántico, miembro de una clase noble, y dediqué mi vida a estudiar la cosecha y transferencia de energías. Nuestra sociedad se articulada por medio de votos que iban desde el nómada más humilde a los mismísimos Oráculos, un puñado de personas poderosas que nos lideraban en todos los aspectos de nuestra vida. Estos votos no eran cosa baladí; eran lazos juramentados que nos vinculaban a nuestras labores y entre nosotros. Representaban el acto más sagrado de todos. La ruptura de un voto implicaba dejar de lado la vida y morir a solas en las arenas.

Cada ciudad-estado contaba con un gobernante. Gracias a mi estatus, tenía el



K'aresh no se parecía en nada a tu Azeroth. Nunca estuvo teñido de verde y azul, ni rodeado de océanos o repleto de cosas que crecen. Era un lugar inhóspito, un planeta de arena, piedra y polvo.

honor de contar con Ky'veza, la líder de Ma'nussa, entre mis compañeras más cercanas. No obstante, la autoridad sobre todas las cosas recaía en el Consejo de los Oráculos. El consejo estaba encabezado por Salhadaar, sumo sacerdote de lo Indomable, y cuando las visiones radiantes recorrieron K'aresh por primera vez, fue a él a quien acudí buscando su sabiduría. Cuando una terrible maldición se abatió sobre algunos k'areshi, yo entre ellos, me sobrepuse al miedo para estudiarla. Centré todos mis laboratorios, observatorios y esfuerzos en este asunto. Recopilé datos y saqué conclusiones. El problema no era sencillo y recurrí a los Oráculos. Me habían guiado del mismo modo que guiaban a todo K'aresh, y yo sabía que su consejo sería una joya valiosa.

Qué equivocado estaba. Las reuniones con los Oráculos fueron laboriosas, largas y complejas debido a la política. A medida que pasaban las horas, empecé a perder la confianza. Cuando Salhadaar convocó al consejo por última vez, supe lo que iba a decir antes de que lo dijera.

Pero tenía que oírlo.

Se puso en pie y le hizo un gesto a la mesa para que guardara silencio. A su alrededor, el Consejo de los Oráculos se quedó callado, ansioso por conocer su sentencia final.

Yo era consciente de que todo el consejo estaba en mi contra. Todo mi trabajo, toda la información que había recabado con mis visoroscopios, faroles intrínsecos y otros muchos dispositivos, meticulosamente organizada, correlacionada y anotada... Meses de esfuerzo para nada.

Sentí que la esperanza se desvanecía en cuando vi las miradas de cada representante. Salhadaar estaba allí, con la escriba de almas, su confidente más cercana, a su lado. Y también Etries de los Arquitectos y sus lacayos. Menudos personajes. A otros los conocía por su nombre. Con los de Estudios no estaba muy familiarizado porque eran los menos interesados en mi trabajo, pero entre los demás se encontraba una amiga de confianza, Ky'veza, en cuya ciudad se reunía ahora el consejo. No estaba seguro de Bilaal, gobernante de Tazavesh, aunque sabía que Ky'veza contaba con su favor. Estos dos estaban sentados juntos, pero no habían pronunciado palabra.

Por lo menos, Salhadaar había aceptado la petición de Ky'veza para celebrar la reunión en su ciudad en lugar de insistir en que viajara al lugar habitual donde se

celebraban este tipo de encuentros, Tazavesh. De hecho, había atendido mi solicitud con una insólita rapidez y había cruzado el páramo con su séquito gracias a la ayuda de la escriba de almas, gobernante de las tierras salvajes intermedias. El resto de los Oráculos había acudido con la misma premura. Ahora estaban mirándome y parecían ansiosos por presenciar mi caída en desgracia.

El silencio en la cámara tenía vida propia. Era algo espeso, que se movía. No fui capaz de soportarlo más.

—Disculpádmeme.

Ante esta palabra, un coro de susurros recorrió la asamblea. Ky'veza alzó la mirada con las facciones nubladas por el desconcierto. Estaba claro que no tendría que haber hablado.

—Ya debatiremos tus disculpas en otra ocasión —dijo Salhadaar—. Antes debemos tratar la blasfemia.

Los Oráculos se asintieron unos a otros, maravillados por su propia sabiduría.

«¿Blasfemia?». Cualquier esperanza por entablar un debate cabal entre iguales se desvaneció ante la ligereza de esta acusación. Apreté los puños en torno al dobladillo de mi túnica estival mientras una oleada de ira y frustración me recorría el cuerpo.

—Las visiones que irradia el alma-mundo son reales. ¡Las he oído y mis datos lo corroboran!

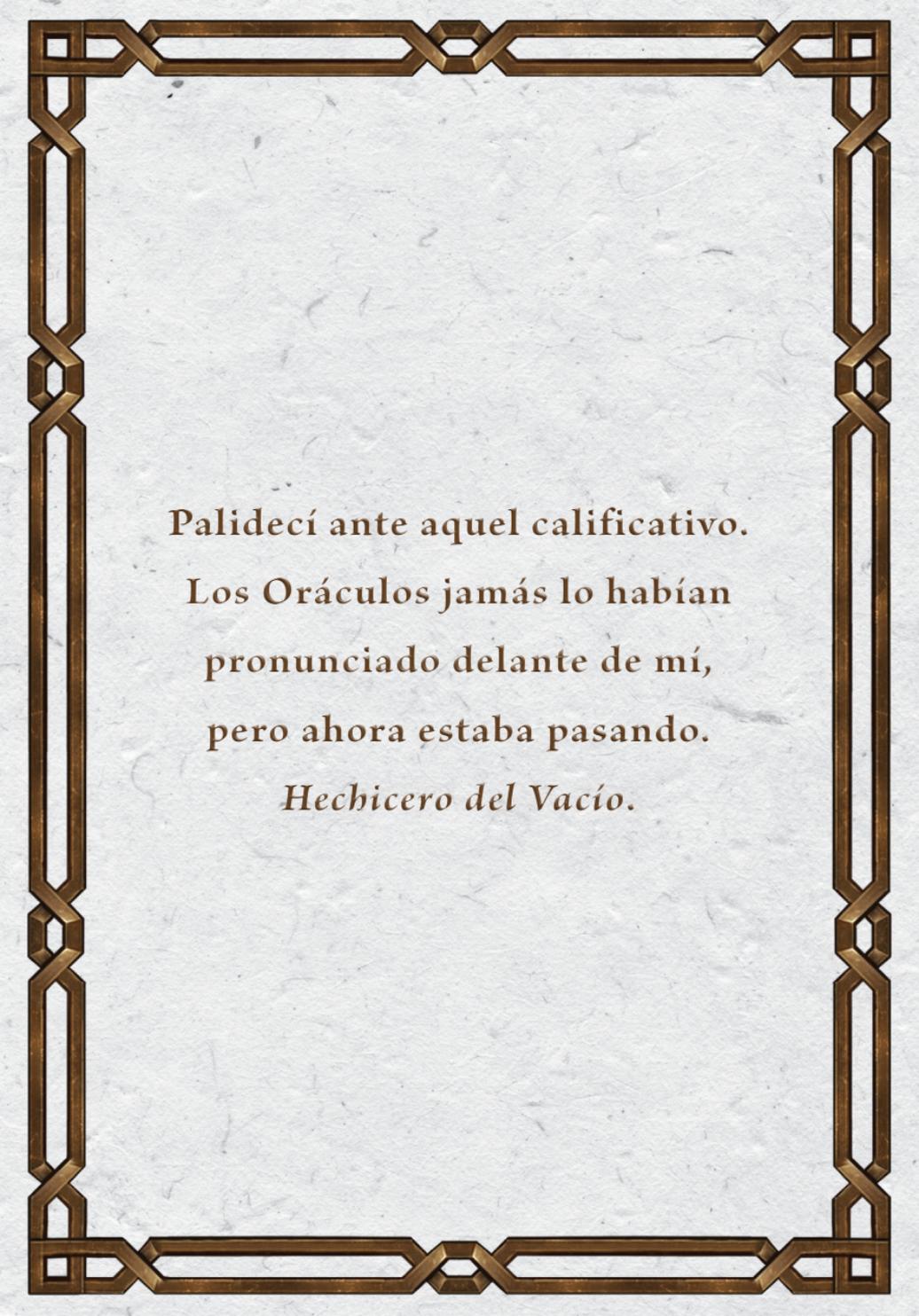
Señalé los altos ventanales cubiertos por celosías de la cámara del gremio de mercaderes, un espacio que se había acondicionado con rapidez para albergar la reunión del consejo.

—¡Ma'nussa las ha oído! —Extendí los brazos hacia la mesa—. ¡Y no me cabe duda de que *vosotros* también!

—Yo no he oído nada —dijo Etries.

Los suyos sonrieron. No había debate posible con ellos. Salhadaar asintió, al igual que la escriba de almas y Bilaal. Me volví hacia Ky'veza, pero ni me miró.

—Hemos llegado al punto —dijo Salhadaar— en el que ya no podemos pasar por alto tu conducta. Durante años, los Oráculos han sido indulgentes con tu... interés, por llamarlo así, por el Vacío. Al principio era una diversión, un pasatiempo. Eso se podía entender. Pero, ahora, el pasatiempo se ha convertido en distracción.



Palidecí ante aquel calificativo.
Los Oráculos jamás lo habían
pronunciado delante de mí,
pero ahora estaba pasando.
Hechicero del Vacío.

—Has hecho un voto —dijo Bilaal, más confiado de lo habitual—. Aquí *todos* hemos hecho un voto que nos otorga una posición y un propósito —añadió mientras me apuntaba con un dedo acusador—. Tu voto, como tecnomántico, es el de estudiar la transferencia y la transmutación de energía para que podamos dominarla en beneficio de K'aresh. No hemos visto un solo informe sobre propuestas de uso para los lazos reshii desde hace meses. Has descuidado tus deberes sagrados, *hechicero del Vacío*.

Palidecí ante aquel calificativo. Los Oráculos jamás lo habían pronunciado delante de mí, pero ahora estaba pasando. *Hechicero del Vacío*. Me habían llamado cosas peores, pero se trataba de un título que me cubría de deshonra, y Bilaal lo sabía.

Pero, a pesar de ello, yo sabía que hacía lo correcto al llevarles mi trabajo a los Oráculos. Estaba seguro. Las visiones radiantes eran los gritos del alma-mundo de K'aresh. Lo confirmé al rastrear el origen de las visiones hasta el corazón de nuestro planeta. Transformé lo abstracto en tangible y, si lo conseguí, fue gracias a al trabajo que había hecho descifrando los misterios del Vacío.

Tal como yo mismo había argüido muchas veces, mis investigaciones eran una parte inevitable de los deberes que me imponía mi voto sobre el estudio de la energía. Una cosa no podía existir sin la otra; para comprender la energía, había que estudiarla en todas sus formas, y eso incluía el Vacío. Y los Oráculos estuvieron de acuerdo... hasta que descubrí algo muy relevante. Los artefactos culturales k'areshi de mayor importancia desde hace siglos, los lazos reshii, estaban imbuidos de poder Arcano. Su potencial para contribuir en la transmutación de energía era tal que resultaba abrumador para la mente, aunque había que dar con la clave para desvelar sus secretos.

Gracias a mi descubrimiento sobre el potencial oculto de los lazos reshii, mi reputación había aumentado en el consejo, al menos durante un tiempo. Mientras mis estudios sobre el Vacío no me distrajeran más de lo necesario ni interfirieran con mi voto, su interés por el asunto sería mínimo.

Tendría que haberme dado cuenta que las visiones radiantes iban a cambiar eso. Hablar del alma-mundo era adentrarse en un territorio más allá de mi comprensión, y el consejo no tardaría en castigar tal presunción.

—Caminas por el filo de la navaja —dijo Salhadaar—. Si continúas estudiando el Vacío, tu *verdadera* labor se verá afectada y romperás tu voto.

—Y eso es algo que no podemos tolerar.

Miré horrorizado a Ky'veza, que por fin había roto su silencio. Me devolvió la mirada. Al final había encontrado el valor para apoyar al Consejo de los Oráculos y no a su amigo.

—Tómate esto como una última advertencia —dijo el sumo sacerdote—. El alma-mundo sobrepasa los límites de tu trabajo. Las visiones radiantes, si es que existe tal cosa, deben quedar en manos de expertos en la materia. Debes volver a centrarte en tus competencias y poner fin a todas tus investigaciones sobre el Vacío. Obedece esta orden, o la próxima reunión será más desagradable. Te lo prometo.



Tras aquella fatídica reunión, las horas pasaron casi sin dejar recuerdo. Había amado Ma'nussa toda mi vida, pero fui incapaz de verla mientras deambulaba por las calles sin rumbo fijo. Mi curiosidad se había desvanecido tras el ultimátum de Salhadaar. Solo al oír la música de los bailarines Arcanos flotando en el aromático ambiente nocturno me di cuenta de lo tarde que era. Cansado, volví a la plaza del mercado y me quedé a ver la actuación de la compañía teatral. Habían llegado desde el páramo y formaban parte de la caravana de la escriba de almas.

No era la primera vez que los veía. Sus faldas giraban como peonzas mientras levantaban arena con los pies sobre las baldosas de colores. De hecho, aquel baile tradicional era algo que se veía con frecuencia en Ma'nussa, ya que la ciudad era una antigua parada de descanso una de las rutas frecuentadas por los nómadas. Y con los nómadas venían los bailarines Arcanos, que actuaban para los animados espectadores mientras sus colaboradores recogían monedas de la muchedumbre.

Yo mismo les había dado un montón de monedas a lo largo de los años. La libertad de sus movimientos siempre había sido un paréntesis agradable de las cargas de mi trabajo. No obstante, cuando conocí a Krysson, su arte dejó de ser un entretenimiento para convertirse en un peregrinaje. Hablamos por primera vez en una ocasión en la que se abrió paso entre los curiosos para recoger monedas sustituyendo a un hermano ausente, y hubo una... conexión. Creo que nunca supimos cómo o por qué sucedió. Hay

misterios que no hace falta resolver.

Tras el baile nocturno, esperé como siempre hacía cuando Krysson visitaba Ma'nussa: bajo los arcos tras el mercado, un lugar donde la luz no llegaba y por donde no pasaba la gente. Al menos, en la hora punta del Mercado Nocturno. Cuando me encontró, supo al instante que algo no iba bien. Me la llevé a una esquina tranquila, mirando de reojo a todas partes para asegurarme de que nadie nos hubiera visto. Que yo, un tecnomántico y noble de una orgullosa ciudad-estado, tuviera tratos íntimos con una nómada, solo podía traernos problemas a ambos. De haber estado en mejores términos con el consejo, podría haber realizado algunas solicitudes o pedir que hicieran la vista gorda con ciertas cosas. Como estaba en el ojo del huracán, no quería ponerla en la misma situación.

Tras confesarnos el amor que compartíamos, le confíé mis tribulaciones, y hablamos hasta altas horas de la noche sobre mi trabajo, las visiones radiantes y el consejo.

—Ven conmigo a Tazavesh —me pidió Krysson.

Su sugerencia me pilló por sorpresa. Me apoyé en la pared del callejón y ella acomodó la cabeza en mi pecho mientras pasaba los dedos delicadamente por el contorno de mi cara. Suspiré y la cogí de la mano.

—No voy a huir —le dije.

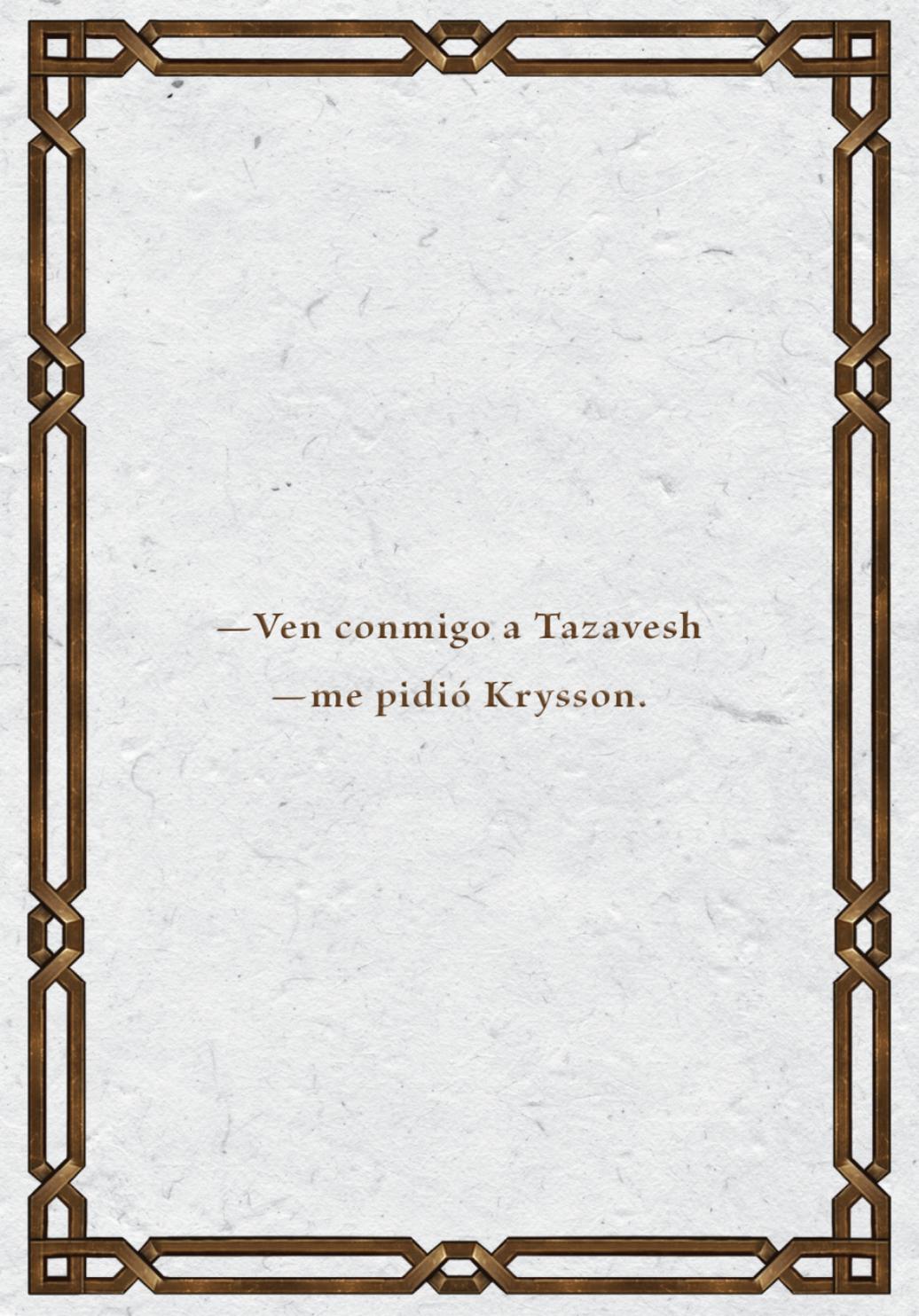
—No te estoy pidiendo que lo hagas —contestó—. Los Oráculos volverán a sus hogares mañana, y la escriba de almas acompañará a Salhadaar a Tazavesh.

Me eché a reír.

—¿Me estás sugiriendo que siga a aquellos que van a condenar a este mundo a la perdición?

Krysson se apartó de mi lado con gesto preocupado.

—Te estoy diciendo que necesitas un *respiro*, mi amor. Necesitas pasar un tiempo sin trabajar. Te hará bien. Puedes visitar los mercados del lugar y conseguir las piezas para tu laboratorio que llevas semanas diciendo que necesitas. —Con una sonrisa, Krysson se pasó la capa alrededor de la cabeza y la apretó contra su pecho como una vieja bruja—. ¡Nos disfrazaremos y haremos las compras en el mercado juntos! ¡Nadie nos verá ni nos prestarán atención!



—Ven conmigo a Tazavesh
—me pidió Krysson.

Se rio y se inclinó para besarme, y luego nos quedamos allí un rato más hasta que se dio cuenta de que debía marcharse. La acompañé por la ciudad a oscuras, compartiendo un juego de sombras mientras nuestras risas ahogadas resonaban contra los puestos cerrados del mercado. Cuando llegamos a su alojamiento, nos besamos por última vez, y luego, cuando se marchó, el aroma del desierto perduró aún un rato en el aire.

Apenas había dado unos pasos de camino a casa cuando me di cuenta de que me estaban siguiendo. Para entonces, ya era demasiado tarde.



Cuando me quitaron bruscamente la bolsa de la cabeza, no podía pensar más que en Krysson. El Vacío, las visiones radiantes, mi voto sagrado, la última advertencia de los Oráculos... Todo aquello carecía de significado comparado con mi amor por ella. Qué negligencia la mía. Qué *confiado* había sido. Maldije mi arrogancia y la misma idea de que estábamos teniendo cuidado. Nos vigilaban muchos ojos. Y ahora habría que pagar el precio.

Me encontraba en una cámara con mucha luz y tuve que parpadear para aclararme la vista. Me habían arrastrado hasta una especie de almacén lleno de cajas, sacos y las mercancías de todo tipo que requería el mercado. Era un lugar tranquilo y silencioso a aquellas horas; el sitio perfecto para que mis gritos de piedad cayeran en oídos sordos.

No estaba preparado para afrontar mi fin y mientras pensaba cuánto tendría que rogar por mi vida, una figura me agarró el brazo con firmeza y se plantó ante mí. Parpadeé de nuevo, pero esta vez por puro asombro.

—¡Ky'veza!

La sonrisa de la amiga que creía que me había abandonado era gloriosa como un amanecer. Me apretó el brazo, pero no oí lo que me decía por culpa del estruendo de mis palpitaciones. Intenté localizar a la rufiana responsable de mi secuestro mientras se retiraba la capucha y me observaba con unos ojos que brillaban como gemas relucientes a la luz de la linterna. No reconocí su rostro, pero inclinó la cabeza con respeto antes de ceder el paso a alguien que estaba a mi espalda.

El sumo sacerdote Salhadaar extendió la mano. Me lo quedé mirando, y también al grupo allí reunido en medio de una atmósfera de emoción electrizante. Junto a Salhadaar y a Ky'veza, había otros cinco oráculos, incluido Bilaal. No pertenecían al consejo, pero sí a mi ciudad. También estaban Allash, Mideches y Darmeto de parte de los tecnománticos, y a su lado vi otro grupo en el que reconocí a dos capitanes de la hermanad de mercaderes de Ma'nussa, junto a otros dos a los que no conocía. Todos los presentes, incluido el sumo sacerdote, iban ataviados con sencillas capas de viaje. Las grandes capuchas eran un disfraz más que adecuado.

—Veo que has conocido a Nari —dijo el sumo sacerdote. Tuvo el tacto de parecer ligeramente avergonzado mientras mi secuestradora se inclinaba de nuevo—. Esperaba que nuestro encuentro se produjese en circunstancias más *convencionales*, pero ella es una de mis mejores agentes encubiertas. Ya verás que es una aliada de fiar.

—Lo mismo que todos nosotros, espero —dijo Bilaal.

Lo miré recordando la ira imparable que me había dirigido pocas horas atrás.

A su lado, Ky'veza asintió, quizá porque había captado la duda en mi rostro.

—Escucha a la Maraña y todo se aclarará —dijo.

No pude hacer más que sacudir la cabeza.

—¿La Maraña? —Me volví hacia el sumo sacerdote—. ¿Estoy soñando? Por favor, decídmelo que ocurre.

—Antes de continuar, debo recalcar lo importante que es mantener todo esto en secreto —dijo Salhadaar—. Nadie puede saber que nos hemos reunido esta noche. —Señaló al grupo—. *Nosotros* somos la Maraña. Un... grupo formado, quizá, por las mentes más capaces de K'aresh. Las más capaces, pero también las de mayor confianza.

Hizo una pausa mientras yo recorría la habitación con la mirada. En aquel momento me percaté de una ausencia. No había ni rastro de la escriba de almas.

—La experiencia y las competencias de los aquí reunidos no tienen igual —prosiguió el sumo sacerdote—, y he formado esta alianza de amigos por una razón muy específica.

—¿Que es...?

—Que te *creemos* —dijo Bilaal sin rodeos.

Durante unos instantes pensé que Nari no se había limitado a secuestrarme, sino

que me había separado la mente del cuerpo. Quizá aquella reunión tan extravagante en la que me encontraba no fuese más que una fantasía febril que creaba mi mente mientras la mano encubierta de los Oráculos me transportaba para arrojarme al canal de la ciudad.

—Las visiones radiantes —dijo Ky'veza—. El grito del alma-mundo. Todo es real. Te creemos.

—Te creemos —prosiguió Salhadaar— porque nosotros también lo hemos oído. Todos. Por ahora las visiones son débiles, apenas audibles, como la melodía que trae una brisa lejana y, de momento, no es más que una curiosidad que surge de un sueño recordado a medias.

—No obstante —dijo Bilaal— cada vez son más intensas. Y también las habladurías y rumores sobre ellas. Si no controlamos la situación, nos arriesgamos a que cunda el pánico.

—Por eso te engañamos —dijo el sumo sacerdote—. Y por eso te pedimos perdón. —Me miró a los ojos—. La reunión del consejo fue una farsa, pero era necesaria. Lo siento.

Respiré profundamente mientras intentaba comprender un giro de los acontecimientos que nunca había podido imaginar.

Entonces noté otra cosa. Una cierta... ligereza en mi corazón. Un peso que ya no estaba. Algo que no había sentido en mucho tiempo.

Esperanza.

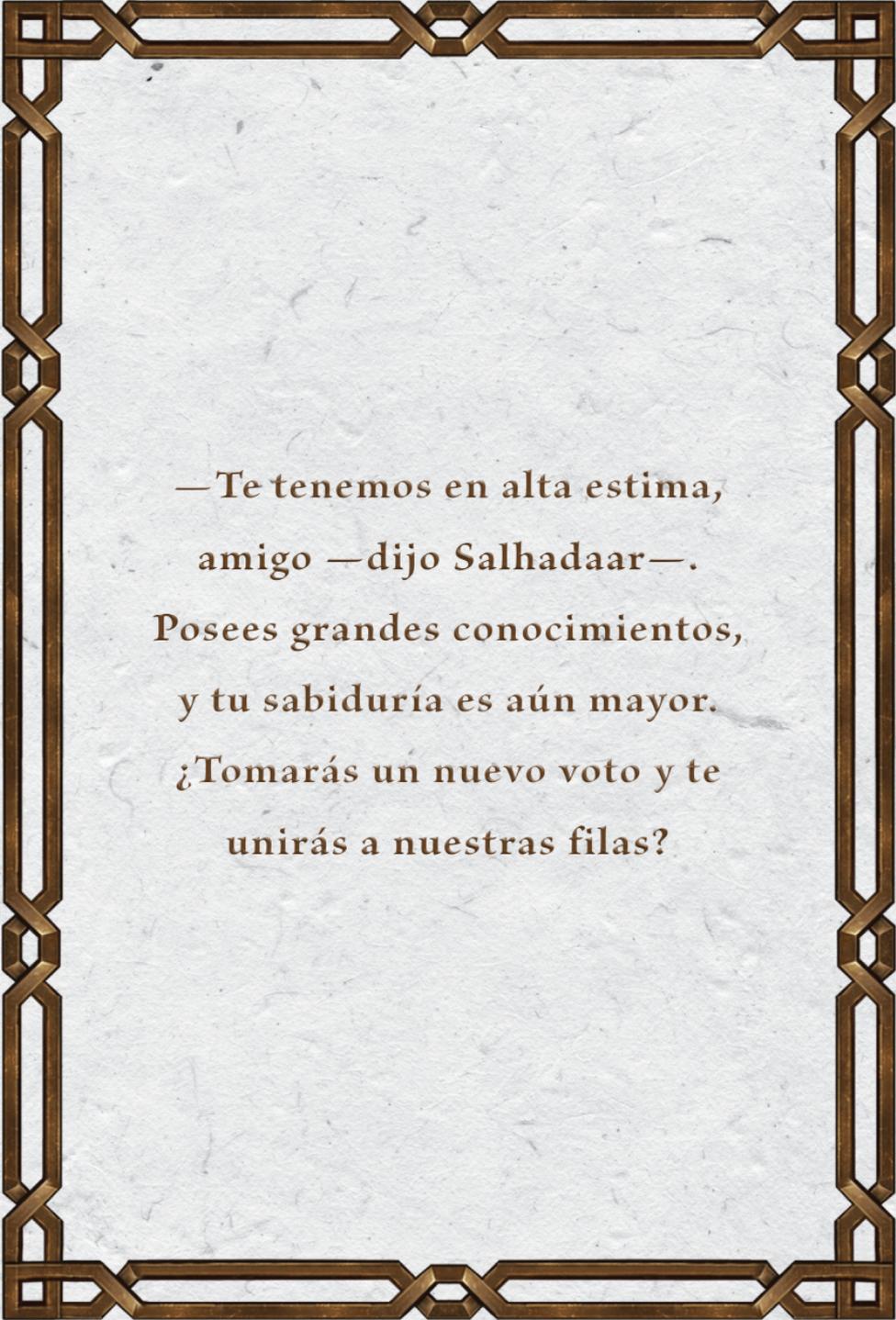
—Te arrodillarás.

Miré a Salhadaar mientras el sumo sacerdote señalaba el suelo ante sí. Por toda la sala, los miembros de la sociedad secreta se habían arrodillado y agachado la cabeza.

Comprendí que se trataba de una ceremonia para tomar un voto. Una vez más, me pregunté si estaba soñando, pero cuando el sumo sacerdote volvió a hacer un gesto para que me arrodillara, obedecí mientras mil pensamientos me cruzaban la cabeza.

—Te tenemos en alta estima, amigo —dijo Salhadaar—. Posees grandes conocimientos, y tu sabiduría es aún mayor. ¿Tomarás un nuevo voto y te unirás a nuestras filas?

El hecho de poder hacer un nuevo voto era un honor poco común, ya que no



—Te tenemos en alta estima,
amigo —dijo Salhadaar—. Posees grandes conocimientos,
y tu sabiduría es aún mayor.
¿Tomarás un nuevo voto y te
unirás a nuestras filas?

solo significaba que el trabajo de mi vida era muy valioso, sino que había llegado a un nivel de maestría al alcance de solo unos pocos. Para mi sorpresa, me vi incapaz de responder, pero quizá hubiera algo en mi expresión que hizo que Salhadaar sonriera e iniciara el ritual.

—Amigo, tú, por propia voluntad, en presencia de nuestro sumo sacerdote, ¿aceptas dedicar el trabajo de tu vida a todo lo que te pida K'areh?

Mi voz sonó débil, pero respondí como debía hacerlo:

—Lo juro.

¿Juras seguir la senda de tu voto y dedicarte a su guía hasta que se haya completado el trabajo de tu vida?

—Lo juro.

¿Juras desechar toda tentación y dedicarte al trabajo de tu vida, en mente y en cuerpo, a dedicarte a buscar su significado y a comprender su importancia y a honrar estos misterios hasta que dejen de serlo?

—Lo juro.

—El voto es la senda. Cuídate de todo peligro que intente apartarte de ella. El voto es la verdad. Mantente firme contra las fuerzas que intenten lanzar la sombra del engaño sobre tu viaje.

Tras estas palabras, me puse en pie frente al sumo sacerdote mientras el resto de la Maraña hacia lo mismo.

—Te concedo el nombre de *Peregrino* —dijo Salhadaar—, ya que esta es tu verdad tanto como la mía.

Luego sonrió mientras añadía:

—Bienvenido a la Maraña.

Cuando se alzaron los soles más allá de los muros del almacén, unos zarcillos de luz se colaron entre los tablones para iluminar nuestra reunión secreta. La Maraña aplaudió mi incorporación. No obstante, mientras Salhadaar me agarraba el antebrazo como señal de cálida hermandad, oí dos cosas.

La primera fue una voz en mi cabeza. Oía los susurros del Vacío con frecuencia y podía acallarlos o ignorarlos a placer, pero aquella voz fue más fuerte que de costumbre. Noté las garras del miedo una vez más, pero mantuve la compostura entre los nuevos

devenires del destino y dejé de lado cualquier emoción mientras la voz me entregaba un mensaje dirigido solo a mí:

«Cuidado, Peregrino. Cuidado».

Pero entonces oí algo más, y esta vez, mis amigos lo oyeron también. Ese sonido era algo muy distinto. Todos los miembros de la Maraña se pusieron tensos al unísono mientras buscaban el origen del llanto, de los *gritos*, de todas las voces unidas en aquel coro de terror. Al cabo de unos instantes, pareció que todas las almas de Ma'nussa hubieran amanecido con los soles, pero solo para encontrarse con algo horroroso.

Salimos corriendo al exterior y, bajo la primera luz del día, jadeamos con asombro al contemplar el arco que había en el cielo. Los dos soles de nuestro mundo parecían debilitarse mientras su cálido brillo se apagaba cada vez más. El cielo se oscureció como si estuviera cayendo la noche a una velocidad imposible y a una hora imposible. Al principio aquella oscuridad era púrpura, pero luego se volvió más clara.

Violeta, el color del Vacío.

«Cuidado, Peregrino».

«El Devoratoado se acerca».

SOBRE EL AUTOR

Adam Christopher es el autor de varias novelas aparecidas en la lista de superventas del *New York Times* como *Star Wars: Master of Evil*, *Star Wars: Shadow of the Sith* y *Stranger Things: Darkness on the Edge of Town*. También ha escrito novelas oficiales relacionadas con la exitosa serie de televisión de la CBS *Elementary* y para la galardonada franquicia de videojuegos *Dishonored*. Cocreador de la versión del siglo XXI del superhéroe de Archie Comics The Shield, ha trabajado como guionista para la serie *Lazarus* de Greg Rucka y Michael Lark en Image Comics y para el universo de *Doctor Who* de Big Finish y BBC Audio. Adam ha contribuido a la antología del aniversario *Star Wars: From a Certain Point of View*, un éxito de ventas a nivel internacional, y también ha trabajado como guionista para el cómic *Star Wars Adventures* de IDW, dirigido a todas las edades. Entre sus novelas originales se cuentan *Made to Kill* y *The Burning Dark*, por citar algunas. Su primera novela, *Empire State*, fue nombrada Libro del año por *SciFiNow* y el *Financial Times*.



WORLD
WARCRAFT
THE WAR WITHIN™

LA PERDICIÓN
DE K'ARESH

POR ADAM CHRISTOPHER

— 2 —

La GUERRA DE LA DEVORACIÓN

HISTORIA

ADAM CHRISTOPHER

ILUSTRACIONES

CYNTHIA SHEPPARD

EDITORIAL

CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE

COREY PETERSCHMIDT, CHEUNG TAI

ASESORÍA DE TRASFONDO

SEAN COPELAND

CONSULTORÍA CREATIVA

RAPHAEL AHAD, NICHOLAS MCDOWELL,
CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS,
KOREY REGAN, STEPHANIE YOON

PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, ANASTASIYA NALYVAIKO,
TAKAYUKI SHIMBO, VALERIE STONE



© 2025 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son productos de la imaginación del autor o artista, o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas (vivas o muertas), negocios, eventos o ubicaciones reales es fruto de la casualidad.

Blizzard Entertainment no controla ni asume ninguna responsabilidad sobre los sitios web y contenidos de los autores o terceras partes.

El Vacío se arremolinaba en los cielos sobre la Falla de Telogrus mientras el Peregrino guiaba a Alleria Brisaveloz en la cacería. Estaba fatigada por la travesía y ya no sabía cuánto tiempo llevaban en marcha. Aquella cacería era cualquier cosa menos sencilla.

La Falla de Telogrus estaba infestada de criaturas del Vacío que acudían a aquel lugar, atraídas por el poder de la Presagista. Se las habían apañado para evitar a muchos seres, pero no tuvieron más remedio que luchar contra otros que se interpusieron en su camino. Y sí, de momento, los habían eliminado a todos con facilidad, pero Alleria no podía negar que su mente estaba menos centrada en la batalla que en la imagen de K'aresh que le había dibujado el Peregrino.

Seguían un sendero imperceptible para la vista, pero no para los sentidos. Al principio, Alleria se limitó a seguirlo y a escuchar, pero, a medida que se acercaban a su presa, comenzó a sentir el modo en el que el Vacío parecía curvarse en torno a su objetivo. Como si hubieran lanzado una roca enorme a un río caudaloso, las energías del

Vacío se abrían a su paso. La corriente se alteraba, y la estela era turbulenta e inestable.

La sensación no había hecho más que aumentar. Se detuvieron para esconderse tras una losa de roca que sobresalía como una espada del inhóspito suelo de la falla. El borde de la losa emitía una luz de un violeta claro que delataba la presencia del aparecido del Vacío que estaba más adelante.

—Recuerda —dijo el Peregrino—, esta criatura es mucho más peligrosa que cualquiera de las que hemos visto hasta ahora. Su corazón me pertenece, pero tendremos que colaborar para vencerla. No subestimes su poder.

Alleria apretó el arco con más fuerza.

—Y tú no subestimes el mío.

El Peregrino la miró con rostro inescrutable.

—Buscas el poder necesario para destruir a tu enemigo. Pero Xal'atath usará tu propio poder en tu contra. Antes debes hallar el equilibrio.

Alleria encogió el rostro con tristeza. El Peregrino le había prometido que el viaje le abriría los ojos de par en par, pero, en aquellos momentos, no era capaz de sacar una moraleja o alguna lección de lo poco que le había contado sobre un mundo perdido. Le llamaba mucho más la atención el hecho de que el poderoso ser que tenía ante ella —que decía que lo mejor era abandonar cualquier tipo de vínculo— hubiera sido en su momento un ser falible y susceptible a las emociones. Un ser que amaba, se preocupaba y temía, igual que ella ahora.

—¿Qué fue... de los k'areshi? ¿Qué pasó con Krysson? —preguntó Alleria a sabiendas de que le provocaría dolor—. ¿Ahora es como tú? ¿O cayó junto a tu mundo?

Su mentor no respondió. Alleria frunció el ceño y, cuando estaba a punto de preguntarlo de nuevo, el resplandor violeta de más adelante estalló en un destello brillante que desapareció al cabo de un instante. El Peregrino salió de detrás de la roca y Alleria lo siguió, con el arco preparado.

La llanura estaba vacía. No había ni rastro del aparecido del Vacío.

Alleria bajó el arma.

—¿Seguro que era este el que andamos buscando?

—Sí. ¿No lo has percibido?

Alleria asintió.

—Y puede que *esa cosa* también nos haya percibido *a nosotros*.

El Peregrino dio una vuelta lentamente mientras observaba el paisaje a su alrededor. Alleria lo imitó con el arco preparado.

Entonces lo vio. Lejos, entre las rocas esparcidas, un destello de color violeta. Y, en su mente, otro tirón, otra llamada de atención del Vacío.

Abrió la boca para gritar, pero el Peregrino se adelantó a toda prisa.

Alleria se apresuró a seguirlo.



«Cuidado, Peregrino».

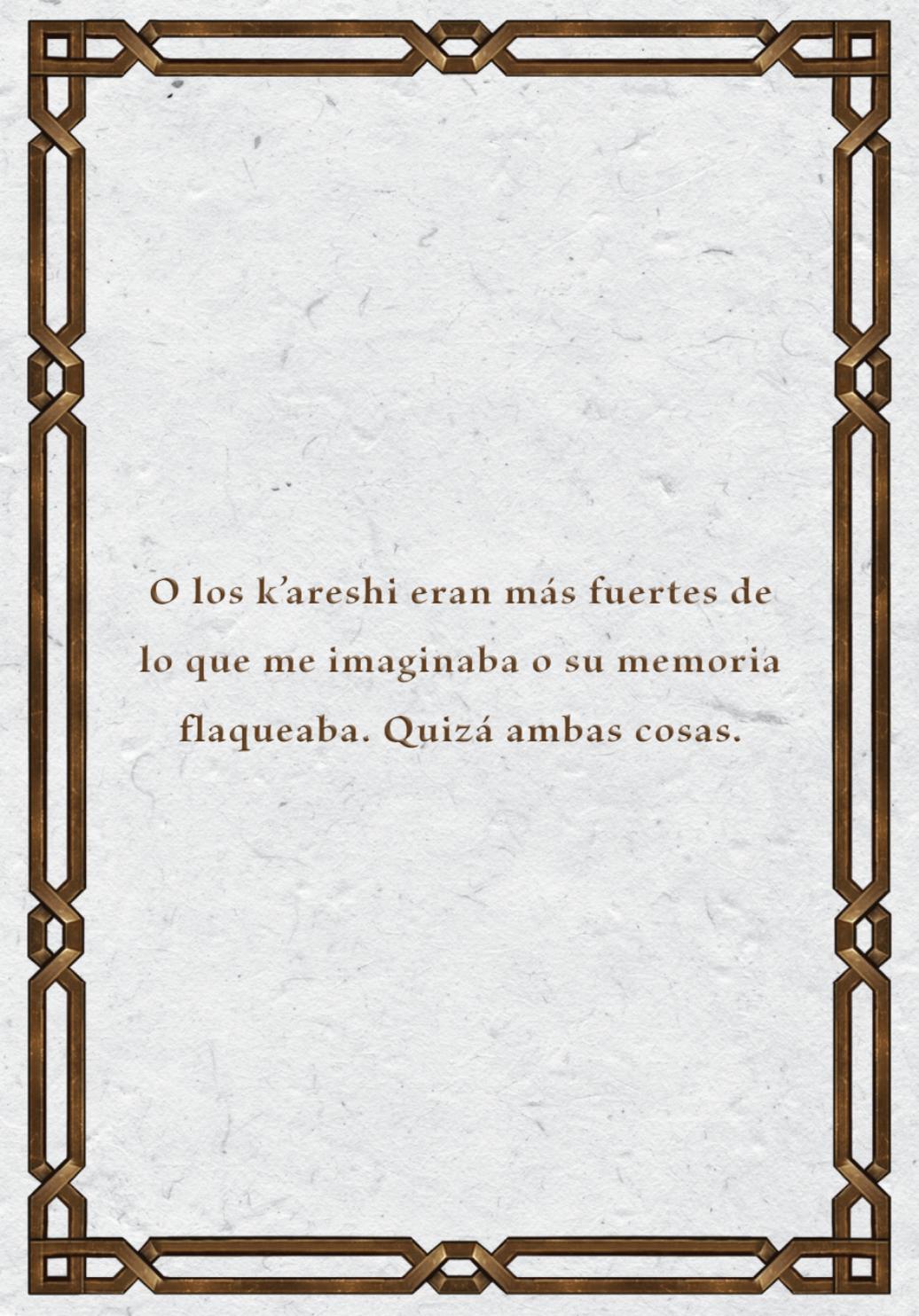
«El Devoratoro se acerca».

Aquellas palabras me atormentaron, al igual que aquel terrible día en el que el cielo se tiñó de una noche morada sin estrellas, una noche que muchos temían que fuera eterna.

A pesar de eso, la muerte de K'resh no llegó entonces. Sí, cundió la inquietud. Se cerraron los mercados de todas las ciudades-estado, no solo de Ma'nussa. La gente se encerró en casa por miedo al brillo violáceo que había cubierto al planeta con una sombra siniestra y sobrenatural. Salhadaar reunió al Consejo de los Oráculos, y se discutieron y debatieron muchos planes mientras se multiplicaban los rumores: no solo se hablaba de que el cielo anunciaba el fin de todas las cosas, sino de que los Oráculos se estaban ocultando. La inquietud hizo presa de aquellos que habían visto las visiones radiantes y sabían que se tendrían que haber tomado medidas mucho antes.

Pero todo fue en vano. Al principio hubo incredulidad, pero acabó por convertirse en alivio e incluso gozo cuando los Oráculos hicieron acto de presencia y contaron su plan para desterrar aquella larga y malvada noche. El plan no estaba basado en la tecnomanía, sino en volver las antiguas costumbres, y eso trajo consuelo a las mentes que lo necesitaban. La gente lo celebró y, después, con una resistencia tan digna de admiración como sorprendente, volvió a sus quehaceres cotidianos. O los k'reshi eran más fuertes de lo que me imaginaba o su memoria flaqueaba. Quizá ambas cosas.

Pero ahora comprendía mi nuevo voto, el nuevo trabajo de mi vida. Nunca había



O los k'areshi eran más fuertes de lo que me imaginaba o su memoria flaqueaba. Quizá ambas cosas.

sentido mayor determinación.

Tenía un mundo que salvar, y se agotaba el tiempo.



Aunque nuestra marcha se había retrasado por culpa del Vacío, acepté la sugerencia de Krysson para mudarnos a Tazavesh. Aunque siempre consideraría Ma'nussa como *mi* ciudad, los siguientes meses entre los bulliciosos mercados de Tazavesh fueron felices, y le debía aquella felicidad a Krysson. Salhadaar había decidido quedarse en la ciudad, igual que la escriba de almas. Esto significaba que los bailarines Arcanos tenían un hogar fijo, el primero en mucho tiempo. Al principio, Krysson se mostró reacia a aceptarlo. Ella y sus hermanos y hermanas eran nómadas: la vida en los caminos era *su* voto. El hecho de permanecer en un lugar concreto era para ellos como construirse una prisión, un acto que atrapaba a los mismos espíritus que pretendían liberar mediante el baile.

Aunque Tazavesh no era nuestro verdadero hogar, allí encontramos otras ventajas. Podíamos pasear por los mercados y mezclarnos con los ciudadanos. No había miradas indiscretas ni debíamos susurrar para prevenimos de oídos atentos. De hecho, era un lugar más libre en muchos aspectos, ya que la gente no prestaba atención a las normas que catalogaban nuestra relación como tabú.

Con la Maraña, el trabajo era tan difícil como importante. Haciendo honor a su palabra, la organización se mostró dispuesta a ayudarme en mis investigaciones, pero trasladar todo mi laboratorio desde Ma'nussa era demasiado complicado. En su lugar, el sumo sacerdote me otorgó licencia para usar en lo que daba fama a Tazavesh: su mercado.

Era tan amplio como la propia Ma'nussa, casi como una ciudad dentro de otra. Era tan grande que contaba con sus propios barrios y puestos de guardia, y las mesas y los puestos estaban llenos a rebosar de todo tipo de mercancías, procedentes de todos los rincones de K'areh. Lo cierto es que, a pesar de haber estado allí con anterioridad, la cabeza me daba vueltas cuando me paraba a pensar en su tamaño y belleza, en las altas agujas y las telas solares coloridas que se extendían entre ellas hasta alcanzar longitudes imposibles o en el denso humo que se elevaba entre los puestos arrastrando el aroma de

un centenar de tipos distintos de gastronomía de una docena de tierras. Aunque estaba concentrado en la importancia de mi trabajo y en la fatalidad que debía evitar, acabé por confiar en la ayuda de Krysson para conseguir lo que necesitaba, ya que ella había viajado mucho y lidiaba con los comerciantes y artesanos con mucha más facilidad que yo. Era capaz de conseguir descuentos con mercaderes de los que yo no había podido obtener más que un saludo.

El trabajo progresaba y Krysson estaba a mi lado, pero algo no iba bien.

«Cuidado, Peregrino».

«El Devorador se acerca».

La voz seguía allí.

Durante las semanas y los meses anteriores, me había acostumbrado a las visiones radiantes y me las había ingeniado para sacármelas de la cabeza para concentrarme en mi trabajo. Los susurros del Vacío eran numerosos, qué duda cabe, ya que desde el primer momento en el que dirigí mis visoroscopios al Vacío empecé a oír a las criaturas que albergaba, pero *aquella* voz era algo distinto. Era la de antes, la que era diferente, la que había plantado la semilla del miedo en mi interior, la que sabía, con *certeza* que me había buscado a mí. Y cuando volvió a mí de nuevo en el mercado, me quedé paralizado.

«Peregrino, cuidado».

Me detuve frente a un espléndido puesto de cristalería de Tingarla, una de las ciudades-estado más alejadas de Tazavesh. Los productos tenían un precio elevado, y la mercader se aseguraba de evaluar cuidadosamente a aquellos que creía que podían permitírselos incluso antes de que llegaran a su mesa.

«Peregrino, cuidado».

«El Devorador se acerca».

«Está cerca».

«Él es el fin».

«Él es Dimensius».

«Es un señor del Vacío y está hambriento».

Fue Krysson la que me sacó de mis ensoñaciones. Al volver en mí, vi que se estaba disculpando con la mercader, que miraba con ojos cautelosos a aquella pareja que le bloqueaba su puesto. Krysson me sacó de allí para irnos a nuestra residencia mientras

yo seguía aturdido y en silencio. Allí esperó con paciencia a que le diera una respuesta mientras yo recuperaba la compostura. Me escuchó mientras se lo contaba. Al terminar, ponderó con cuidado mi relato, mientras me lanzaba preguntas y observaciones atinadas. Fue la primera vez que hablé de la existencia de la voz, y ella fue la primera persona en saberlo.

—Debe estar relacionada con las visiones radiantes —dijo—. Quizá tu investigación, al acercarte tanto al Vacío, te haya abierto la mente a... otra cosa.

Por supuesto, no tenía respuesta para eso, y ella poco podía decirme para brindarme consuelo. La conversación pasó entonces a algo que quería contarme: los bailarines Arcanos iban a salir a los caminos de nuevo. Me dijo que podía quedarse si se lo pedía, pero, antes de que terminase de ofrecérmelo, yo ya sabía cuál era mi respuesta. Ella tenía un voto que cumplir, igual que yo.

Le prometí que no permitiría que el miedo que atenazaba mi mente interfiriera con mi trabajo.



Pasé muchas semanas a solas. Sí, trabajé sin descanso, pero eso tuvo un *coste*, ya que dejé de lado el descanso, el sustento y cualquier distracción mientras la voz en mi cabeza se encargaba de dejar de lado la feliz libertad que había hallado con Krysson para reemplazarla con miedo. Y sí, era miedo —a pesar de la promesa que le había hecho a mi amor— al peligro inminente que amenazaba K'aresh. Mis instrumentos me indicaban que las energías del Vacío se estaban acumulando alrededor de nuestro planeta a una velocidad alarmante. Llegaría el día, y no quedaba demasiado, en el que aquellas energías harían algo más que sembrar el terror entre los k'areshi. Destrozarían nuestro mundo para dejar su alma-mundo al descubierto, y nuestro miedo solo era para ellas un condimento, uno de los ingredientes de un guiso.

«Cuidado con el Devoratoro».

Pero mis esfuerzos no habían sido en vano. Las semanas que pasé investigando dieron sus frutos. Era algo que había estado allí desde el principio, pero solo ahora comenzaba a verlo. Crearía los medios para proteger K'aresh y a su gente.

Podía salvar mi mundo, pero no podía hacerlo a solas.

Necesitaba a la Maraña y todos los recursos del planeta para lograr este propósito. Me reunía con ellos asiduamente para mantenerlos informados sobre mis progresos, pero, con el paso del tiempo, empecé a reparar en su forma de mirarme. Y no podía culparlos. Estaba agotado, pero me poseía una intensidad febril que hasta yo mismo consideraba inquietante. Los datos eran complejos y, aunque yo podía descifrarlos, me explicaba de forma deficiente hasta en mis días más inspirados. Y el trabajo seguía sin completarse. Quizá ese fue mi mayor fracaso: no darles la solución desde el principio.

Pero quería estar *seguro*. Así que esperé, y esa espera tuvo tu coste.

Y mientras, la voz..., ¡la voz! Lo que había sido una escueta advertencia, era ahora una extraña poesía que dominaba todos mis pensamientos.

«*Peregrino, cuidado*».

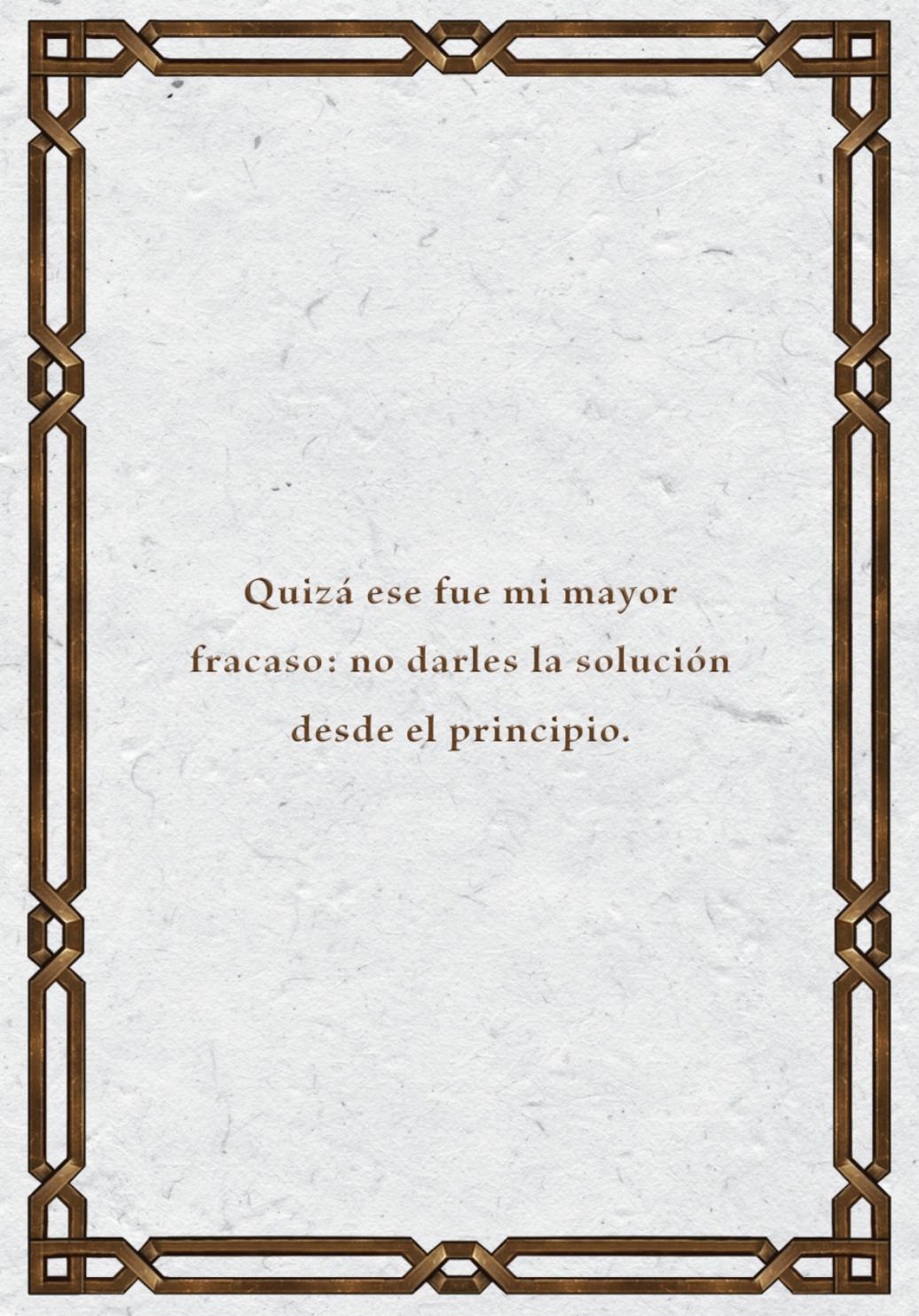
«*El Devoratoado está de camino*».



Tras una larga época en la que hasta dormía en mi laboratorio y solo salía en raras ocasiones para comer algo, un día me encontré a Krysson al volver a casa. Verla fue un bálsamo glorioso para mi mente atormentada. Me abrazó con fuerza, sin que yo pudiera hacer otra cosa que quedarme allí parado, llorando.

Cuando terminé, embargado por una sensación de vacío, ella se apartó. Hice un ademán para besarla, pero me apartó con una risa. Preparó un baño largo, caliente y muy agradable, y yo me dejé llevar por sus atenciones mientras me frotaba y lavaba el peso de las semanas anteriores. Después vació la bañera y la volvió a llenar para me metiera de nuevo, esta vez con ella, y así, durante un rato, me olvidé del Vacío y de la Maraña. Krysson se las apañó hasta para acallar la voz de mi cabeza.

Me sentía... completo. *Entero*. Por primera vez en semanas, me sentía *bien conmigo mismo*. Vestidos con ropa de lino, nos sentamos al cálido aire de la noche para beber vino mientras ella me hablaba de los lugares en los que había estado y los bailes que había ejecutado. Me contó por qué amaba K'arsh, incluso bajo los oscuros cielos tocados por



Quizá ese fue mi mayor
fracaso: no darles la solución
desde el principio.

el Vacío, y también por qué amaba la vida y por qué me amaba a *mí*.

Ahora que nos habíamos reunido y que yo había vuelto a mi estado natural, yo sentía que había recuperado las fuerzas, seguro de mi trabajo y de los datos. Seguro de que la solución que había encontrado era la correcta.

«Mañana me escucharán—me dije—. «No tienen elección».

Krysson se percató de mi distracción, claro.

—Tienes que decirme lo que te aflige —dijo con un susurro nacido del amor y de la calidez, no de la oscuridad fría y resonante.

Cogí aire mientras ella me apretaba la mano.

—No hay tiempo —dije—. Y ya sé cómo se llama la amenaza que se cierne sobre nosotros.

Krysson inclinó la cabeza con una evidente preocupación en el rostro, pero no me interrumpió.

—Se llama Dimensius —dije—. Es un señor del Vacío y está intentando destrozarnos. Por eso el alma-mundo ha intentado contactar con nosotros en las visiones radiantes. No sé cuándo acabará por abrir el mundo y consumirlo ese ser, pero será pronto. Eso es lo que me muestran los datos. El mundo quedará destrozado, y los k'areshi morirán en la oscuridad, consumidos por el dolor y el terror.

Vi cómo le cambiaba la cara a Krysson. Era una señal de miedo que yo conocía muy bien y que ahora comenzaba a echar raíces en su interior. La cogí de la mano y la acerqué a mí.

—Pero puedo salvar K'aresh.

Abrió los ojos de par en par, maravillada.

—¿Puedes detener a un señor del Vacío?

Sacudió la cabeza como respuesta.

—No. Y no creo que haya nada ni nadie que pueda hacerlo. Dimensius destrozará el planeta. Es una fuerza imparable.

—Pero has dicho...

Le apreté la mano.

—He dicho que podría salvar K'aresh o... casi todo. Los k'areshi sobrevivirán. Sea porque el señor del Vacío se retire tras alimentarse o porque vaya en busca de otro

objetivo, eso ya no lo sé.

En aquel momento, sentí que mi amor por Krysson se hacía más grande. Vi una transformación en ella, en su fe y su orgullo por mí, mi trabajo y mi voto. Infundía de fuerza su ser igual que lo hacía en el mío. Incluso soltó una risita.

—¿Y qué dice la Maraña?

En ese momento fui yo quien rio.

—No les he dicho nada todavía.

Krysson se apartó y se quedó allí mirándome, con el rostro serio.

—¿Se nos acaba el tiempo y *aún* no se lo has dicho?

Suspiré.

—Es... complicado, mi amor. El grupo está dividido. Algunos creen en mí, pero otros me llaman hechicero del Vacío y dicen que fue un error que me uniera a ellos. —Se me hundieron los hombros—. Están cansados de oír problemas y quieren una solución. Pero descartarían cualquier respuesta antes de que pueda explicársela si no la preparo bien.

Krysson se cruzó de brazos y comenzó a dar vueltas por la habitación, el balcón y el dormitorio, pisando las alfombras igual que una bailarina Arcana pisa la arena. La observé con sorpresa mientras aguardaba la reprimenda que sabía que merecía.

—¡Dales una solución si es lo que quieren! —dijo ella sin dejar de caminar—. Si ya has terminado los cálculos sobre el poder de los lazos reshii, preséntalos.

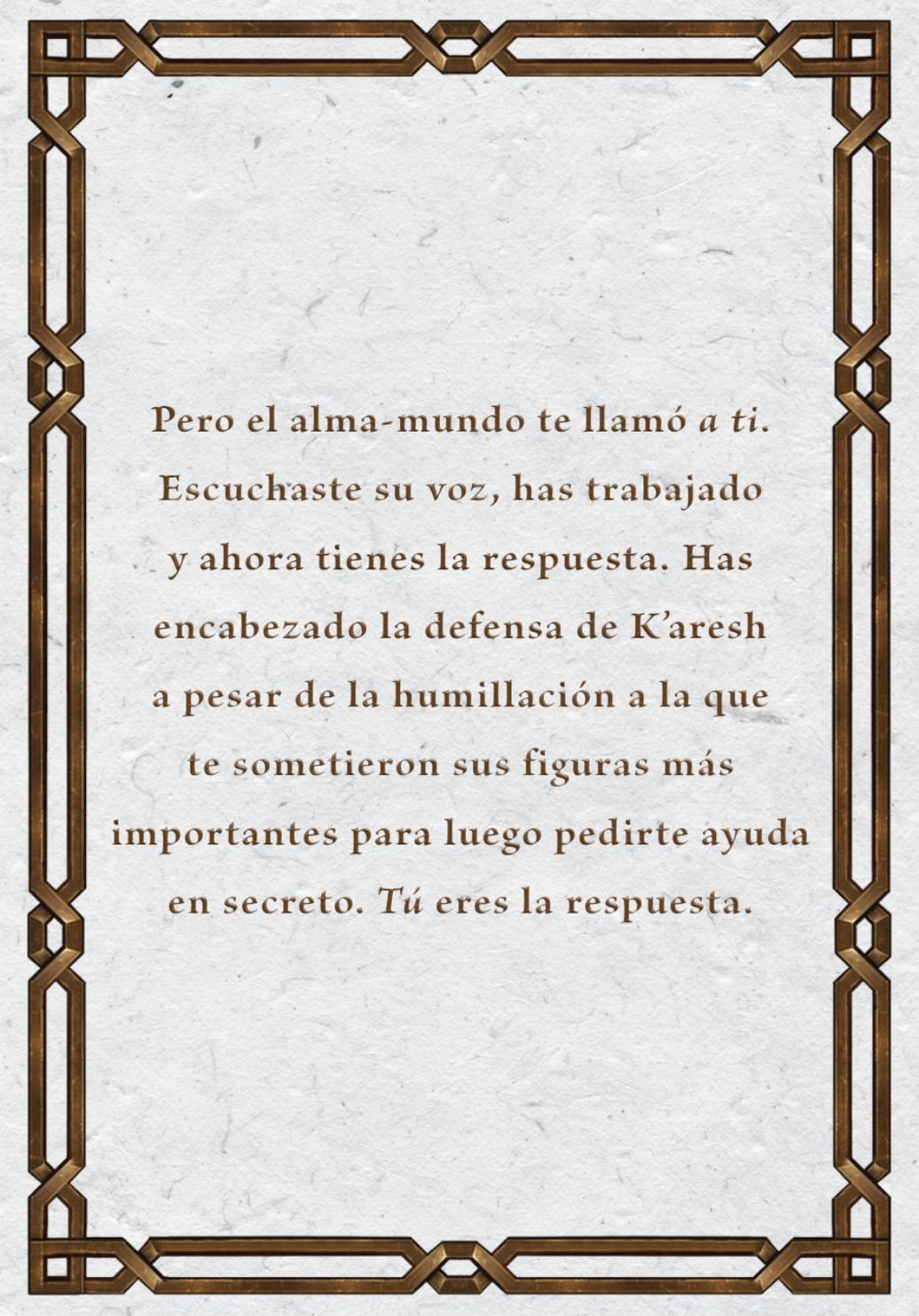
Se detuvo para mirarme, pero esta vez su expresión era de calidez.

—Olvidas quién eres. Eres el Peregrino. *Ese* es tu voto. *Esa* es tu verdad.

Se dirigió al balcón y abrió los brazos hacia la ciudad en sombras que tenía delante.

—Los k'areshi somos fuertes, todos. Pero el alma-mundo te llamó *a ti*. Escuchaste su voz, has trabajado y ahora tienes la respuesta. Has encabezado la defensa de K'aresh a pesar de la humillación a la que te sometieron sus figuras más importantes para luego pedirte ayuda en secreto. *Tú* eres la respuesta.

No supe qué decir. Nadie había dicho jamás tales cosas sobre mí. Nadie había tenido una fe tan inquebrantable en mi valía. Krysson me cogió de las manos e hizo que me pusiera en pie. Me besó suavemente.



Pero el alma-mundo te llamó *a ti*.
Escuchaste su voz, has trabajado
y ahora tienes la respuesta. Has
encabezado la defensa de K'aresh
a pesar de la humillación a la que
te sometieron sus figuras más
importantes para luego pedirte ayuda
en secreto. *Tú* eres la respuesta.

—Eres capaz de salvar el mundo, mi amor. Esa es tu verdad.

Me quedé mirándola a los ojos, y ella hizo lo propio. Permanecí unos instantes en nuestro abrazo, temblando y apenas capaz de seguir erguido, pero Krysson se mantuvo allí, firme y orgullosa. Su fuerza era una maravilla de este mundo.

Y tenía razón. Había estado demasiado tiempo a la deriva, consumido por mis pensamientos, lleno de dudas y miedos mientras la Maraña esperaba, lo que también había alimentado sus dudas y sus miedos día tras día.

Ya era suficiente. Ya era *suficiente*. Yo era el Peregrino y estaba preparado.

Que viniese el Vacío, K'aresh estaría preparado.



De camino a la Maraña para entregar mi informe final, me crucé con Nari y Ky'veza. De todo el ilustre grupo, eran ellas dos de las que más me fiaba, y las saludé efusivamente en el mercado, pero solo para ver que sus rostros mostraban un recelo sin disimulo.

Me quité la capucha de la cabeza. La mejora de mi estado debía de ser evidente incluso para mis compañeras, ya que ambas me miraron con cierta sorpresa. No obstante, una mueca cruzó el rostro de Ky'veza, y de golpe me puse nervioso. Decidí guardarme los hallazgos que me disponía a presentar.

—Hay ciertos *rumores* —dijo Ky'veza, antes de quedarse callada, con la cabeza gacha clavada en la polvorienta calle.

Yo conocía esa mirada. Era la misma que había visto en la última reunión con los Oráculos, tanto tiempo atrás.

—Hay miembros en la Maraña que quieren tomar distancias —dijo Nari—. De ti y de tu trabajo.

Escudriñé su rostro como si las respuestas a todas mis preguntas estuvieran grabadas allí.

«Cuidado con el Devorato».

—Eso ya lo sé, Nari —dije—. Pero ¿qué ha pasado? ¿A qué viene esto ahora?

«Cuidado con Dimensius».

Nari hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas.

—Al consejo no le resulta fácil comprender tu investigación. Además, dices que las energías del Vacío que se acercan afectarán al planeta muy pronto, pero no hemos visto nada de eso. Solo contamos con *tus* datos y *tus* descubrimientos. Hay quien dice que las antiguas costumbres han dado resultado y que la tecnomanía ya no tiene nada más que ofrecerle a K'aresh. También hay otros que...

—Hay otros que quieren deshacerse de ti —concluyó Ky'veza—. Anoche vinieron a vernos. Era una delegación formada por los que quieren que renuncies a tu voto. Son los que te consideran un hechicero del Vacío y no el Peregrino. Te estarán esperando.

Negué con la cabeza, pero la urgencia de la voz de Nari se impuso de nuevo.

—¡Presta atención! Aún tenemos tiempo para revertir la situación, pero no demasiado. Hay gente que te apoya, y tenemos la suerte de que Salhadaar está entre ellos, pero se les está agotando la paciencia. Necesitan *soluciones*.

Había aprendido a tomarme en serio los consejos de Nari, incluso más que los de mi vieja amiga Ky'veza. Como agente encubierta de los Oráculos y miembro de la Maraña, veía y escuchaba más cosas que nadie. La gente confiaba en ella sin darse cuenta, y no había nadie con una mejor comprensión del estado de las cosas.

«Cuidado con el Devoratoro».

—Tengo la solución —dije sin disimular un ápice de orgullo—. La tengo aquí. Mirad. El trabajo ha terminado. Estoy preparado.

Empecé a ordenar mis papeles hasta que Nari me detuvo sujetándome la mano con firmeza.

«Cuidado con Dimensius».

—¿Estás seguro?

«Cuidado con este señor del Vacío».

Asentí.

—Por eso he convocado la reunión de hoy.

«Tiene hambre».

—Puedo salvar K'aresh.

Nari y Ky'veza se miraron. Si dijeron algo, no fui capaz de oírlo.

Otra voz captaba toda mi atención.



Había solicitado la reunión más tarde de lo habitual por insistencia de Krysson, y la Maraña respondió del mismo modo. Mientras me dirigía al capitolio acompañado por Nari y Ky'veza, pensé en sus advertencias. Quizá la velocidad con la que había respondido la Maraña no se debía a que estaban ansiosos por descubrir mi solución, sino más bien a las ganas de ver mi caída en desgracia.

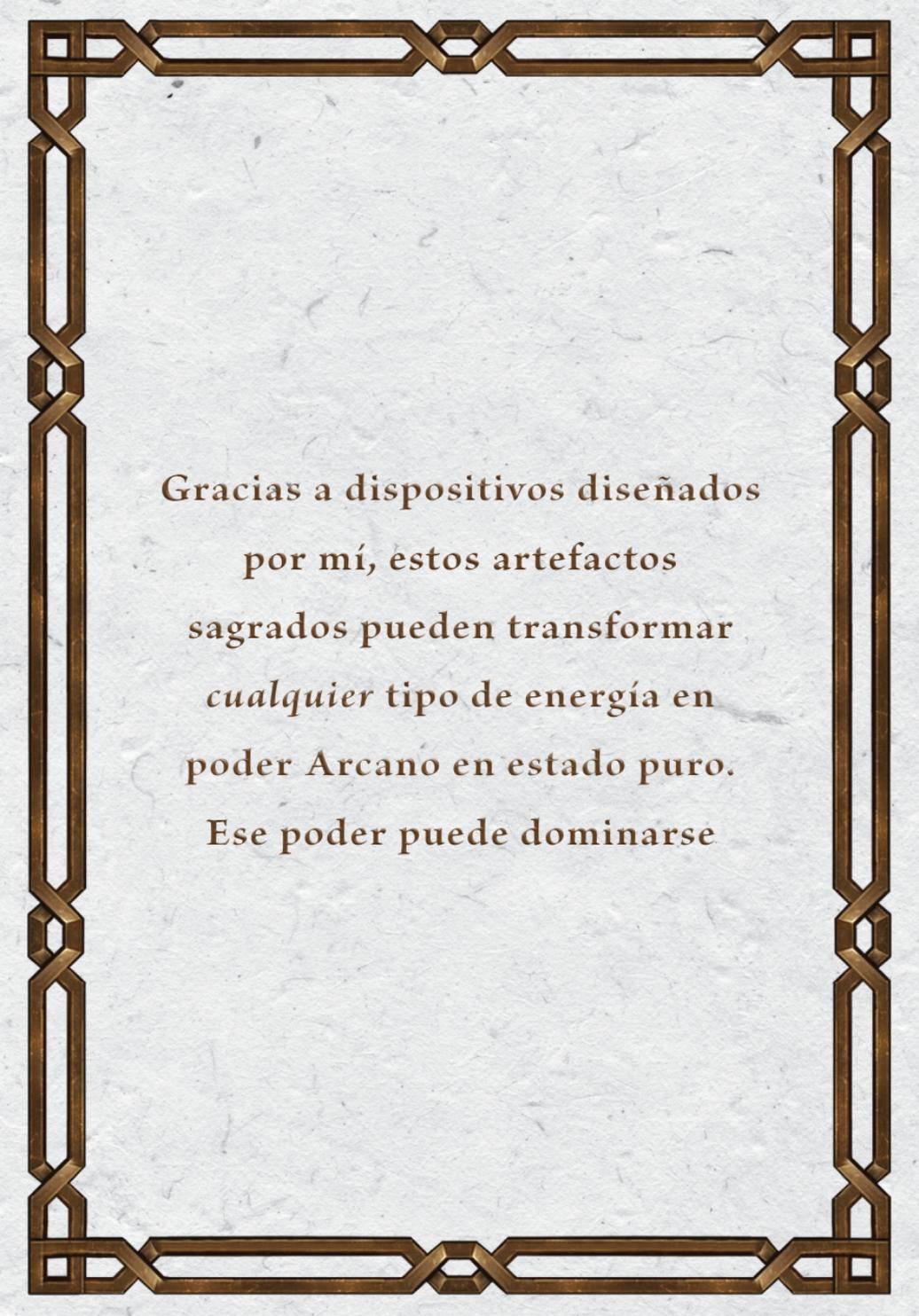
A pesar de la pausa por la conversación que habíamos mantenido en la plaza del mercado, los tres llegamos a la reunión antes que el resto de los miembros de la sociedad secreta, tal y como yo pretendía. Me quité la capa de viaje y les di la bienvenida a mis colegas uno a uno según iban llegando. Recibí con cierto agrado sus expresiones de sorpresa al verme, ya bañado, presentable, vestido con mi más elegante ropa morada y dorada de tecnomántico y con el nimbo de un noble de Ma'nussa sobre la frente. Ante mi estampa, incluso Bilaal, el mismísimo líder de Tazavesh, fue incapaz de ocultar una sonrisa. Se inclinó levemente pero de buenas formas ante mí, a pesar de la diferencia de rango entre ambos.

Sí, yo había cambiado y todos lo notaban. Ahora tenía la responsabilidad de conseguir que aquel cambio mereciera la pena. Me había pasado los últimos meses explicando el problema a unas mentes que estaban cada vez más cerradas a mis ideas. Ahora las abriría de nuevo y les mostraría la solución.

—Mi plan es sencillo, pero, a la vez, constituye el objetivo más complejo al que se ha enfrentado K'areh —comencé.

No me hizo falta recurrir al papiro que había traído conmigo porque era capaz de recitar mi plan al detalle, como si fuera la letra de una canción muy querida. Pero sí que había traído otra cosa que me sería de ayuda para darle fuerza a mi argumento. La saqué. Parecía muy liviana: era una simple tira de tela plateada, suave, que se mecía en el aire como un río apacible. No obstante, cuando la sujeté entre las manos, una luz brilló desde su interior irradiando haces Arcanos por todo el capitolio, pálidos y sobrenaturales. Al verlos, se despejó cualquier duda que pudiera quedar sobre la naturaleza del poder que estaba entretejido en la tela.

—Todos conocemos los lazos reshii —dije—. Casi todos los líderes de los k'arehii



Gracias a dispositivos diseñados
por mí, estos artefactos
sagrados pueden transformar
cualquier tipo de energía en
poder Arcano en estado puro.
Ese poder puede dominarse

tienen uno, y es un símbolo de nuestros lazos con las antiguas costumbres. Forman parte de nuestra historia y son un recordatorio de nuestro pasado. Pero ahora voy a decir más: son la clave de nuestro futuro. Todos conocemos que albergan lo Arcano en su interior, pero yo he hallado el secreto para dominar ese poder —Añadí mientras levantaba la tira sobre mi cabeza—. Gracias a dispositivos diseñados por mí, estos artefactos sagrados pueden transformar *cualquier* tipo de energía en poder Arcano en estado puro. Ese poder puede dominarse y canalizarse hacia los núcleos de grandes reactores con los planos que ya he diseñado para tal propósito.

Bilal dio un paso al frente. Bajé las manos y le mostré el lazo reshii. Lo observé desde cierta distancia, como si tuviera miedo de tocarlo. Al cabo de unos instantes, me miró.

—¿Reactores?

—Sí —respondí—. Gracias a ellos podremos poner en marcha enormes barreras de magia Arcana. Podemos erigirlas para que cubran todas las ciudades-estado de K'aresh. Impenetrables e inmutables, nos protegerán. —Dicho esto, miré al resto del consejo—. Tened por seguro que el Vacío está preparando su gran ataque. Mis investigaciones demuestran que esta amenaza que oscurece nuestros cielos tiene su origen en un señor del Vacío, Dimensius. Este terrible ser abrirá nuestro planeta en canal cuando lo considere oportuno, y nos acercamos a ese momento a cada instante que pasa. No podemos hacer nada por evitarlo —dije mientras volvía a levantar la tira de tela—. Pero no encontrará materia que consumir. Los k'areshi sobreviviremos y estaremos a salvo tras nuestras barreras.

La Maraña se quedó en silencio, meditando mi propuesta. Nari sonrió en su puesto, y Ky'veza también expresó de manera pública su aprobación. Se levantó de su asiento y se abrió paso entre la asamblea para cogerme de la mano.

—Funcionará —dije—. Lo sé.

Salhadaar tenía una expresión sombría, pero me di cuenta de que estaba sumido en sus pensamientos.

—Será imposible ocultar la construcción de las barreras —dijo al fin—. Harán falta muchos trabajadores.

Asentí.

—Entonces, ha llegado el momento de contárselo a la gente. Ahora hay más gente que recibe las visiones radiantes, como nosotros. Están asustados, y el Vacío se fortalece con este miedo. Tú eres el sumo sacerdote. La gente acude a ti y a los Oráculos para obtener respuestas. Debes contarles todo, y pronto, porque debemos construir las barreras rápidamente si pretendemos proteger K'areh.

Bilaal suspiró de forma muy audible.

—La mera planificación de todo esto, por sí sola, será muy costosa, y el único de nosotros que de verdad comprende lo que vamos a construir eres *tú*. —Miró a Salhadaar—. Para coordinar tal proyecto, necesitaré...

—Que se encargue el Peregrino. —El grupo se volvió al unísono para mirar a Nari mientras esta salía a la luz desde su puesto—. La Maraña *necesita* al Peregrino. Por eso se unió a nosotros.

Dio una vuelta a la sala para mirar a todos los miembros.

—No tenemos tiempo que perder con discusiones y debates. Necesitamos un líder. Alguien que dirija nuestros esfuerzos y prepare nuestro planeta para lo que está por llegar.

Se detuvo ante mí. Nuestras miradas se encontraron y repitió su conclusión.

—Que se encargue el Peregrino. Si seguimos sus órdenes, estaremos preparados.

Hubo varios murmullos entre el grupo. Las carcajadas de Etries fueron especialmente ruidosas, pero la ignoré. Algunos fruncieron el ceño, otros asintieron y, al poco tiempo, hubo más que se mostraron de acuerdo.

Como yo, tenían el consejo de Nari en gran consideración.

Pero Bilaal resopló.

—Es ridículo. —dijo mientras me miraba como quien mira un deshecho en un montón de chatarra—. Un tecnomántico de Ma'nussa no puede darle órdenes al sumo sacerdote de lo Indomable.

Salhadaar hizo una mueca, como si sintiera dolor.

—Y, aun así...

—¡No puedes estar de acuerdo con esto! —gritó Etries—. Los Oráculos...

—Los Oráculos obedecen mis órdenes —dijo Salhadaar.

—Quizá... —tomó la palabra uno de los capitanes mercantes, Gez'her. No solía

hablar en nuestras reuniones y, cuando lo hacía, era con cuidado y pensando lo que decía. —Quizá si estudiamos con cuidado los planos que nos trae el Peregrino... —Se volvió hacia mí—. Si pudieras enseñarnos mejor lo que sabes, podríamos compartir la responsabilidad que sobre esos lazos reshii.

Ky'veza intervino.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! Ya habéis oído al Peregrino. El Vacío viene a por nosotros, y Dimensius con él. Debemos actuar, y de inmediato.

Se acercó tanto a Salhadaar que este tuvo que echarse atrás debido a su ímpetu.

—Da la orden, sumo sacerdote. Da la orden, y los trabajos podrán comenzar.

Bilaal volvió a echarse a reír.

—Hay que darles la enhorabuena a los habitantes de Ma'nussa por su paciencia, Ky'veza. Pero aquí tus modales no provocan tanta simpatía como crees.

—Ya es suficiente.

Todos se volvieron hacia el sumo sacerdote. Su semblante era severo. Con una mirada hacia mí, me otorgó su autoridad con una sencilla orden.

—Está decidido. El Peregrino lidera la Maraña. Obedeceremos todas sus órdenes. Mi último mandato es que los trabajos deben comenzar de inmediato.

Se hizo el silencio. Tras un breve lapso, todos los miembros de la Maraña, uno a uno, se levantaron y pusieron a mi lado. Poco después, solo Bilaal y Etries permanecían tozudamente en sus puestos, pero ahora que contaba con apoyos —incluido el del sumo sacerdote—, di un paso al frente y tendí la mano.

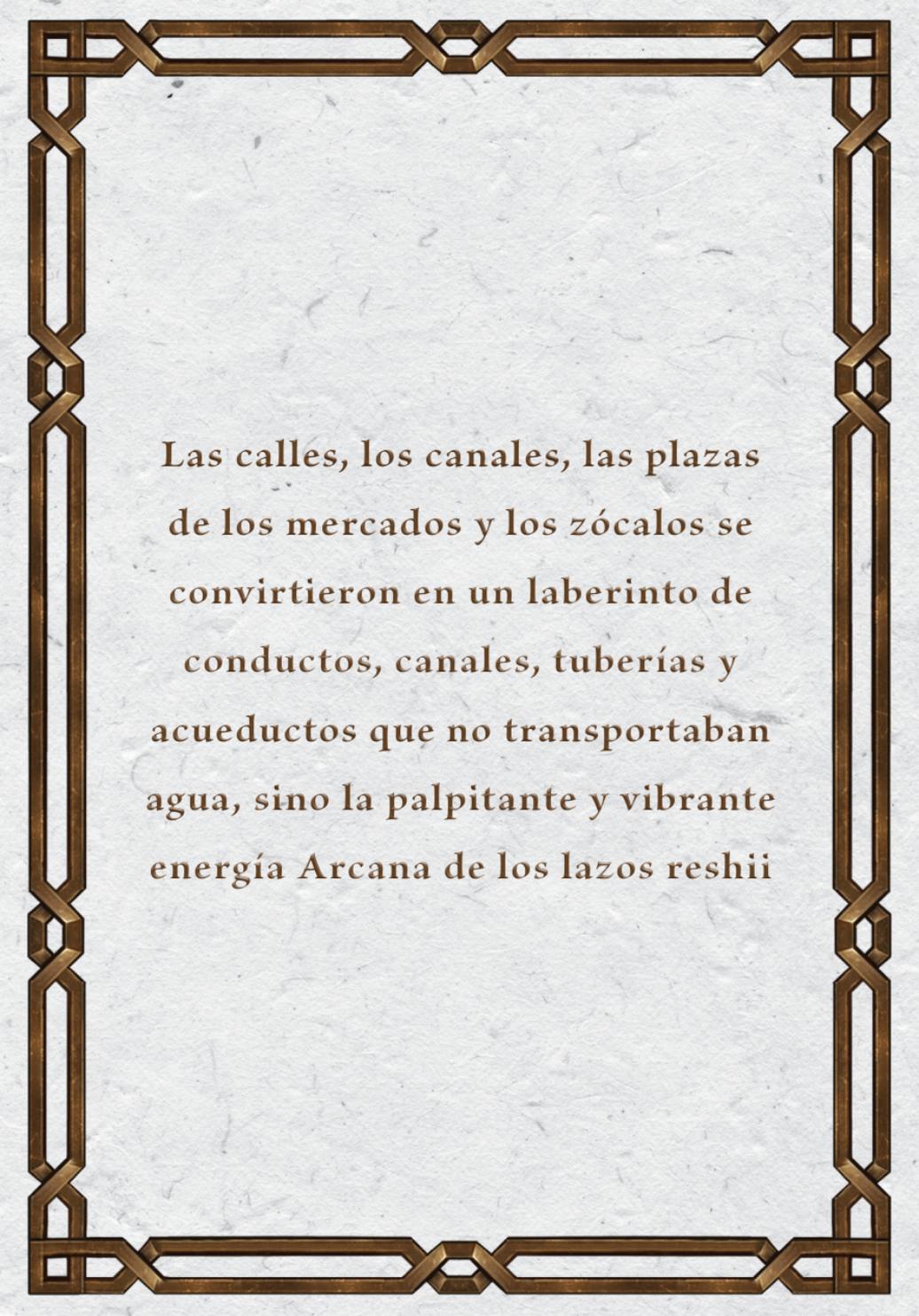
—Hacemos esto por K'aresh —dije—. Hacemos esto por los k'areshi.

Eso fue suficiente. Etries asintió y cogió la mano que se le ofrecía. Quizá su decisión bastó para convencer a Bilaal, porque aunque el gobernante de Tazavesh se quedó sentado mirándonos durante un largo rato, al final acabó por unirse a nosotros. No me gustó la mirada que me dirigió mientras lo hacía, pero no le di importancia.

Había mucho por hacer.



Decir que K'aresh nunca volvería a ser el mismo supondría minimizar los hechos de



Las calles, los canales, las plazas
de los mercados y los zócalos se
convirtieron en un laberinto de
conductos, canales, tuberías y
acueductos que no transportaban
agua, sino la palpitante y vibrante
energía Arcana de los lazos reshii

una manera asombrosa, pues la transformación de nuestro mundo fue tan rápida como impactante. Por orden del Consejo de los Oráculos —organizado en secreto bajo mi dirección de la Maraña—, todos los esfuerzos se centraron en construir los reactores Arcanos que había propuesto. Los k'areshi tuvieron que hacer nuevos votos para consagrar sus vidas a esta gran obra.

El mundo se ponía manos a la obra, mientras la voz del Vacío seguía hablando. Al principio intenté ignorarla, pero luego decidí aceptarla porque sabía que la estaba escuchando por un motivo. Sería una necedad no hacer caso a sus advertencias, ya que no hacían más que fortalecer mi determinación.

Fue la voz la que me dijo que estaba llegando la hora, que Dimensius se encontraba cerca y que el Vacío llegaría a las costas de nuestro mundo poco antes de que su señor nos tragara enteros.

La verdad sea dicha, hubo desencuentros entre la gente, aunque decirlo de este modo quizá sea restarle importancia a esa sensación. Tazavesh, Ma'nussa, Gastalt, Dervashna y todas las demás ciudades-estado habían cambiado para siempre. Las calles, los canales, las plazas de los mercados y los zócalos se convirtieron en un laberinto de conductos, canales, tuberías y acueductos que no transportaban agua, sino la palpitante y vibrante energía Arcana de los lazos reshii de un gran reactor a otro. Todo el sistema era una gran telaraña que suministraba energía a las barreras que cubrían nuestros cielos.

No obstante, el ánimo del pueblo cambió rápidamente porque llegó un día en el que el Vacío sacudió los cimientos de nuestro mundo. Sucedió exactamente como predijeron mis cálculos y también como me había prometido la voz. Habíamos completado los trabajos justo a tiempo.

El escudo Arcano cobró vida con un crepitar y se mantuvo firme mientras el oscuro poder del Vacío se estrellaba contra él como si fueran granos de arena en una tormenta de polvo. Las barreras funcionaron, y los k'areshi se regocijaron a salvo en sus hogares, en sus queridas ciudades-estado.

Por primera vez durante la guerra de la Devoración, parecía que K'aresh podría ganar.

No sospechaba que la supervivencia de mi pueblo tendría un coste terrible. Aunque había salvado a los K'areshi de una fatalidad, en realidad los había condenado

SOBRE EL AUTOR

Adam Christopher es el autor de varias novelas aparecidas en la lista de superventas del *New York Times* como *Star Wars: Master of Evil*, *Star Wars: Shadow of the Sith* y *Stranger Things: Darkness on the Edge of Town*. También ha escrito novelas oficiales relacionadas con la exitosa serie de televisión de la CBS *Elementary* y para la galardonada franquicia de videojuegos *Dishonored*. Cocreador de la versión del siglo XXI del superhéroe de Archie Comics *The Shield*, ha trabajado como guionista para la serie *Lazarus* de Greg Rucka y Michael Lark en Image Comics y para el universo de *Doctor Who* de Big Finish y BBC Audio. Adam ha contribuido a la antología del aniversario *Star Wars: From a Certain Point of View*, un éxito de ventas a nivel internacional, y también ha trabajado como guionista para el cómic *Star Wars Adventures* de IDW, dirigido a todas las edades. Entre sus novelas originales se cuentan *Made to Kill* y *The Burning Dark*, por citar algunas. Su primera novela, *Empire State*, fue nombrada Libro del año por *SciFiNow* y el *Financial Times*.



WORLD
WARCRAFT®
THE WAR WITHIN™

LA PERDICIÓN
DE K'ARESH

POR ADAM CHRISTOPHER

— 3 —
ASTRALEUM

HISTORIA

ADAM CHRISTOPHER

ILUSTRACIONES

CYNTHIA SHEPPARD

EDITORIAL

CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE

COREY PETERSCHMIDT, CHEUNG TAI

ASESORÍA DE TRASFONDO

SEAN COPELAND

CONSULTORÍA CREATIVA

RAPHAEL AHAD, NICHOLAS MCDOWELL,
CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS,
KOREY REGAN, STEPHANIE YOON

PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, ANASTASIIA NALYVAIKO,
TAKAYUKI SHIMBO, VALERIE STONE



© 2025 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son productos de la imaginación del autor o artista, o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas (vivas o muertas), negocios, eventos o ubicaciones reales es fruto de la casualidad.

Blizzard Entertainment no controla ni asume ninguna responsabilidad sobre los sitios web y contenidos de los autores o terceras partes.

a otra.

Los años posteriores fueron terribles y oscuros, tanto en los corazones de los k'areshi como en el propio K'aresh. Aunque las barreras se mantuvieron firmes, su tenue resplandor Arcano y su extraña calidez eran lo único que mantenían a nuestro mundo con vida. Los soles gemelos de K'aresh, Meter y Ti'meter, jamás volverían a arrojar su luz sobre esta tierra o cualquier otra. Habían sido eliminados, devorados, *consumidos* por Dimensius y su voracidad insaciable. Ahora K'aresh estaba a solas, atrapado en el Vacío y preso de su terrible señor.

Sin embargo, había algo que seguía brillando con fuerza en el interior de nuestro pueblo, a pesar de que nuestro futuro pareciese tan oscuro como los cielos.

Teníamos *esperanza*. Esperanza en nosotros mismos y en el Consejo de los Oráculos.

Y la Maraña tenía esperanza en *mí*.

El Vacío que estaba al otro lado de nuestras barreras se debatía como una bestia

dotada de vida, pero los k'areshi habían encontrado otro tipo de fuerza. Lejos de resignarse a ser espectadores, se dispusieron para el contraataque, todos ellos —los de lo Indomable, el Intercambio, los de Estudios y los Arquitectos— unidos como nunca para luchar contra el Vacío incognoscible mediante hechizos y encantamientos, máquinas y dispositivos creados por su inventiva. El Vacío era un horror sin forma y aterrador. Pero el espíritu de los k'areshi era fiero e impeccedero, algo que el señor del Vacío Dimensius no se esperaba.

Las barreras aguantaron..., y lo que comenzó como una guerra, pronto se convirtió en un asedio. Sí, teníamos protección. Sí, la vida siguió su curso lo mejor que pudo.

Pero ¿cuánto tiempo íbamos a durar?

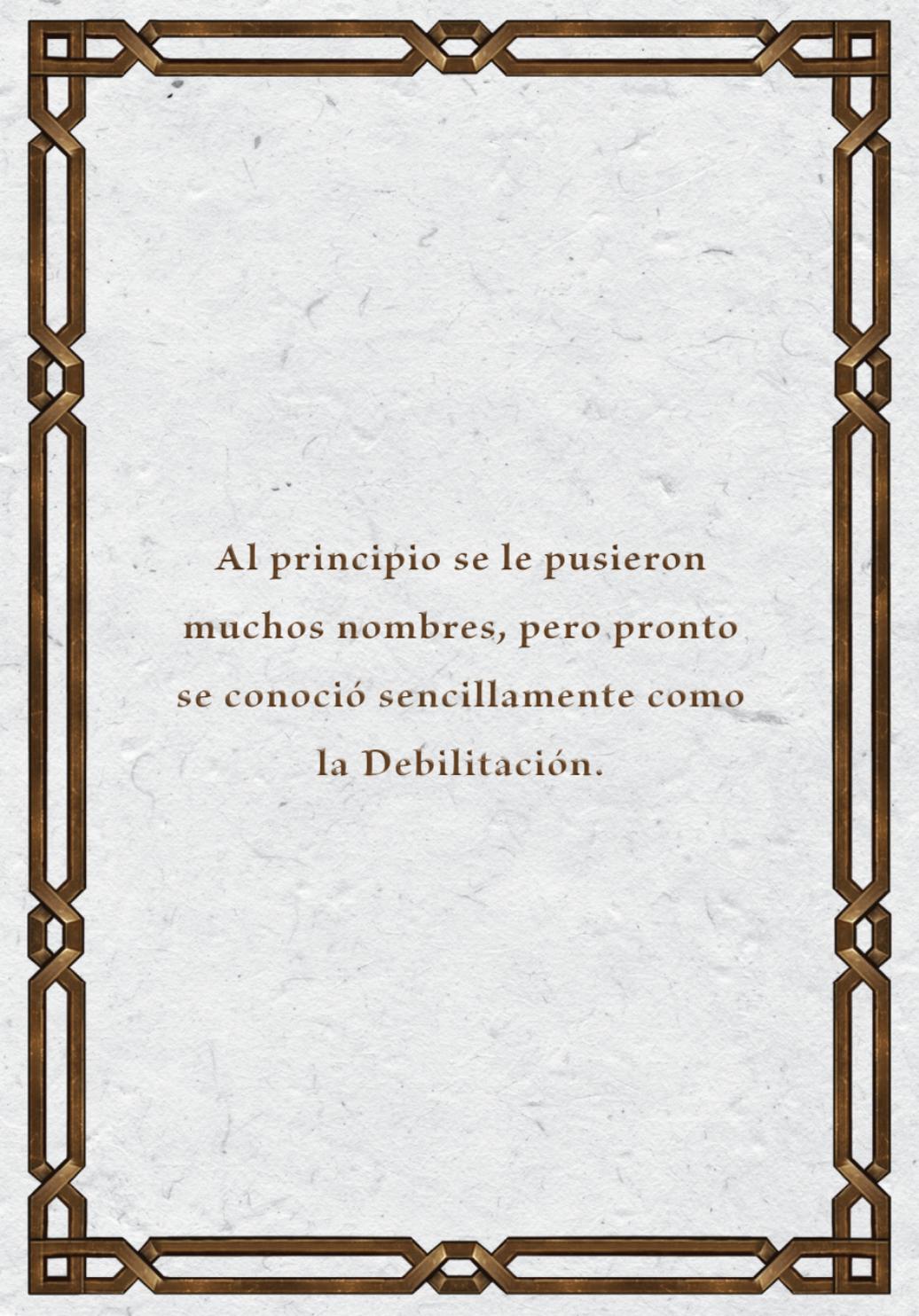
Porque lo cierto era que las protecciones en las que confiábamos tenían un coste inconmensurable. Sí, las barreras mágicas de poder Arcano habían salvado nuestras ciudades, pero estaban despellejando vivo a nuestro pueblo.

Al principio se le pusieron muchos nombres, pero pronto se conoció sencillamente como la Debilitación.

Me había percatado de los síntomas bastante pronto, y no podía hacer más que maldecir mi arrogancia por no haber actuado antes. Mientras levantábamos las barreras, los trabajadores implicados comenzaron a marchitarse y a debilitarse. La piel se les separada del cuerpo y se convertía en cenizas, como si estuvieran expuestos a una gran hoguera. Quizá *deberían* haber puesto en duda mi trabajo o mis cálculos. Yo mismo tendría que haberlo hecho. O Nari, que siempre estaba a mi lado. O la Maraña, que buscaba mi liderazgo y mi guía. Quizá hubiera dado con una solución si ellos hubieran visto lo que yo vi, si hubieran sabido lo que yo sabía y si hubieran sospechado lo que les *oculté*.

Los hechos eran sencillos: las enormes cúpulas parecían sólidas, pero su poder estaba en constante flujo y era necesario suministrarles una corriente de magia tan enorme que prácticamente estaba más allá de toda comprensión. Aunque fueran horripilantes, mis cálculos eran correctos, y decidí que el coste era aceptable para mantener las barreras durante un corto tiempo.

Pero Dimensius tenía una paciencia que no se medía en meses o en años, sino



Al principio se le pusieron
muchos nombres, pero pronto
se conoció sencillamente como
la Debilitación.

en eternidades. Cuanto más duraba el asedio, más terrible se volvía el destino de los k'areshi.

Traté de encontrar una respuesta consultando a los tecnománticos y a los magos, pero a medida que se hacía evidente la magnitud del problema, comenzaron a recluirse. En lugar de estudiar datos, empezaron a buscar respuestas en libros desgastados obtenidos en criptas antiguas, en hechizos y magia de otras épocas y lugares, y se volcaron en la superstición y los rituales para obtener una respuesta que yo no podía darles.

La Debilitación no tardó en extenderse de los trabajadores, que eran los que habían estado en contacto más directo con lo Arcano, a los habitantes de las ciudades. Los cuerpos se quemaban, retorcían y marchitaban. La carne se abrasaba sin calor mientras el flujo interminable de las barreras castigaba a nuestro pueblo con la potencia de demasiados soles. Todos los k'areshi, desde los Oráculos a los nómadas de los páramos, comenzaron a cubrir sus cuerpos en desintegración con varias capas de tela. Al cabo de un tiempo, las barreras protegían ciudades-estado habitadas por seres sin rostro y sin facciones.

Los k'areshi eran fuertes, pero no *tan* fuertes. Era una prueba sin igual, y yo me temía que la Debilitación acabara por ser nuestra ruina. La sociedad cuidadosamente gobernada por el Consejo de los Oráculos acabó por deshacerse como las telas que ahora mantenían enteros nuestros cuerpos. Volvieron a alzarse susurros de disidencia, pero ahora con una violencia nunca vista entre las ciudades-estados de nuestro mundo.

Primero llegó la Debilitación y luego... el caos. Algunos de los que luchaban contra el Vacío usaron su magia contra los suyos. Algunas regiones de Tazavesh y de Ma'nussa donde se alzaban los reactores Arcanos y los conductos que les suministraban energía se convirtieron en campos de batalla. Yo contemplé con terror cómo nos hundíamos en algo parecido a la locura. Por su parte, los Oráculos actuaron con puño de hierro. Pudimos evitar la anarquía total gracias a ellos y al profundo compromiso de los k'areshi con sus votos. Pero incluso en los días más tranquilos, la tensión en el aire era insoportable.

Aun así, tal vez no tuviera importancia porque había cometido otros errores en mis cálculos. Lo cierto es que los lazos reshii funcionaban de maravilla para transmutar

todo tipo de energías, incluidas las del Vacío. Suministraban energía a las barreras canalizándola entre la red de reactores Arcanos que cubría la superficie de K'areh, pero su propia naturaleza implicaba que el proceso también ocurría a la *inversa*. Tal era el poder del Vacío que cada ataque de Dimensius alimentaba a los reactores. Las barreras absorbían la energía y los lazos reshii la transmutaban, aunque eso no formara parte de mi diseño. Al principio me alegré mucho. Después, mi deleite se convirtió en desesperación al comprender el destino al que había condenado a mi pueblo. La exposición a una energía Arcana en constante aumento durante tantos y tantos años... *Esa* era la verdadera causa de la Debilitación.

Las barreras sobrevivirían, pero no aquellos que estaban atrapados en su interior. Incluso si llegaba el día en el que Dimensius fuera capaz de atravesar nuestras defensas, el mundo que consumiría estaría muerto.



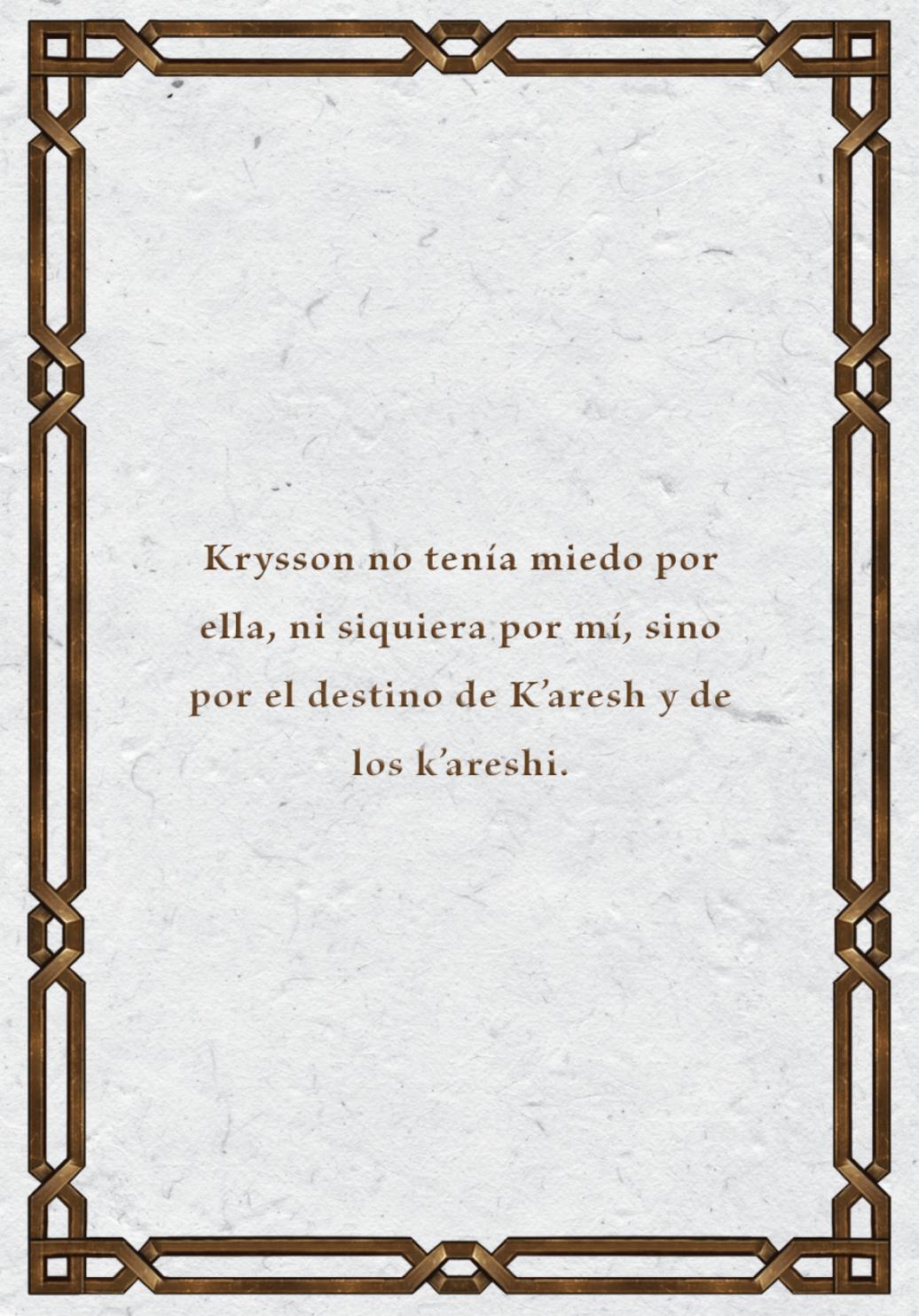
—Tengo miedo.

Krysson se echó en la cama sin mirarme. Me arrodillé en el suelo junto a ella. Tenía a mi lado un rollo de vendas nuevo, y las tijeras que usaba para cortar los vendajes usados de su cuerpo estaban suspendidas sobre su espalda. Durante un instante recordé la piel bajo esos vendajes. Recordé su tacto en mis dedos, su suavidad y su calidez, y no pude evitar preguntarme si volvería a sentirlos.

—¿Amor mío?

Krysson se volvió hacia mí. La miré a los ojos, aquellas dos joyas brillantes que relucían entre la fina rendija de sus vendajes. Eran lo único lo que veía de, como los míos eran todo lo que ella podía ver de mí.

Sus palabras me cogieron por sorpresa. Ah, ya me había hablado sobre sus miedos con anterioridad, pero ahora tenían otro significado. Algo que yo también sentía. Krysson no tenía miedo por ella, ni siquiera por mí, sino por el destino de K'areh y de los k'areshi. El pensamiento de que todo lo que habíamos hecho no servía para nada —las barreras que tanto trabajo habían llevado y que solo habían prolongado lo inevitable— era una agonía más. Habían condenado a nuestro pueblo a una muerte en



Krysson no tenía miedo por
ella, ni siquiera por mí, sino
por el destino de K'aresh y de
los k'areshi.

vida. Habían destrozado sus cuerpos y sus mentes antes de que Dimensius llegara para consumirnos de todos modos.

Krysson volvió a apartar la mirada. Seguí cambiándole las vendas. Al sentir que cortaba la primera tela, Krysson suspiró. Las vendas eran necesarias, pero, a pesar de todo el tiempo que había pasado, nadie se había acostumbrado a llevarlas.

—Si morimos, al menos lo haremos juntos —dijo Krysson.

Yo seguí cortando.

—Y al menos moriremos luchando —prosiguió—. Le has prestado un gran servicio a K'areh, amor mío. Las barreras han funcionado.

Solté una risa y, sorprendido por mi propia reacción, me detuve en mi tarea. —He protegido a los k'arehi, pero eso nos ha llevado a que peleemos entre nosotros y a morir bajo la barrera que nos protege. Y, a fin de cuentas, solo hemos retrasado lo inevitable. Todo lo que hemos hecho... A veces me pregunto por qué lo hicimos.

—Lo hicimos por *nosotros*.

Krysson se dio la vuelta en la cama y extendió una mano vendada para coger la mía con fuerza.

—Moriremos como *k'arehi* y no a manos de una horripilante corrupción del Vacío. *Eso*, mi amor, es un tormento perpetuo. Nos has evitado ese destino, y siempre te he amado por ello, entre otras muchas razones.

En aquel momento oí algo en mi mente. No era la voz —llevaba meses sin oírla—, sino un sonido sencillo, una única nota... No, un único *pensamiento* que ahogaba a todos los demás, como si sonara una campana en mi cabeza. Me quedé mirando a un punto fijo sin moverme, observando, pero no a ella, sino a su espalda, al lugar que faltaba por quitar las ataduras. La tela habría tenido que oscurecida y manchada por la putrefacción de la carne que había debajo. Pero en su lugar había...

No podía creerlo.

Krysson hizo ademán de incorporarse, pero le hice un gesto para que se quedara donde estaba. Le solté la mano y ella soltó una exclamación de sorpresa, pero me puse en pie de un salto. Apagué la linterna y el dormitorio quedó sumido en una repentina oscuridad.

Pero no, ¡la habitación *no* estaba a oscuras! Había luz, y salía de la propia Krysson.

Era pálida y débil pero visible. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, vi la forma en la que se movía la luz bajo las vendas. El brillo salía de otras partes de su cuerpo, no solo de la que estaba expuesta

Era una luz conocida. Era una luz que *todos* los k'areshi conocíamos debido a los últimos y terribles años.

Era la luz de las barreras Arcanas. Las heridas de Krysson ya no eran físicas: eran *mágicas*. La transmutación de los poderes de los lazos reshii había sobrepasado algún tipo de umbral. Una vez más, era algo que no había tenido en cuenta en mis cálculos.

«Ya no son seres de carne».

Me quedé paralizado. El brillo Arcano del cuerpo de Krysson rielaba por toda la habitación y a lo largo de mi cuerpo.

«Son algo más».

Escuché la voz de mi cabeza mientras intentaba resistirme al impulso

«Sí, lo sabes». «Es la respuesta».

de darme la vuelta para ver a la presencia que sentía de repente sobre mi hombro, pero

«Lo sabes».

que no estaba allí.

«Pero ¿tu gente te escuchará?»

Por segunda vez en mi vida, sabía cómo salvar a mi pueblo.



Salhadaar se quedó mirando a Krysson. Me avergonzaba haberle pedido que viniera y que nos mostrara su carne, convirtiéndose así en un objeto de curiosidad científica. Pero ella aceptó sin dudar, y yo me alegré de que lo hiciera, más que nada porque ella era la prueba de que los k'areshi tenían futuro, y quizá también K'aresh.

Salhadaar aguardaba junto al resto de la Maraña. Ahora el grupo era más reducido: muchos de nuestros compañeros habían sucumbido a la Debilitación. Los supervivientes estaban cubiertos de vendas, y las túnicas y ropas propias del cargo eran nuestro único modo de identificarnos.

Mientras Salhadaar observaba, Krysson se quitó los vendajes de la espalda y, para añadir otra prueba, hizo lo propio con su brazo izquierdo. Tenía los tendones ennegrecidos y surcados de grietas como las de las antiguas calzadas de piedra que recorría su gente, y esas grietas emitían el brillo de lo Arcano.

—Estás seguro de tus cálculos.

Esto lo dijo Ky'veza, y no lo dijo como una pregunta, sino como una afirmación. Como siempre, Nari y ella se encontraban a mi lado. Esta vez no vi la sonrisa de Nari, pero imaginé que su cálida expresión seguía allí, bajo las vendas.

Les hice una reverencia, antes de volverme hacia Salhadaar.

—No cabe duda de que los lazos reshii son artefactos poderosos —dije—. Y ocultan un último secreto que aún no hemos descubierto. —Miré los rostros vendados de mis amigos—. ¿No os dais cuenta? Si somos seres de energía, no necesitamos este planeta. Podemos irnos adonde queramos, a cualquier lugar de la Gran Oscuridad del Más Allá. Los lazos reshii no solo nos permitirán sobrevivir, también nos permitirán convertirnos en algo *más*.

Salhadaar dio un respingo al oír esto. Miró a Bilaal, pero ninguno dijo nada. Aunque no era posible ver sus expresiones, su lenguaje corporal era tan obvio como un grimorio abierto.

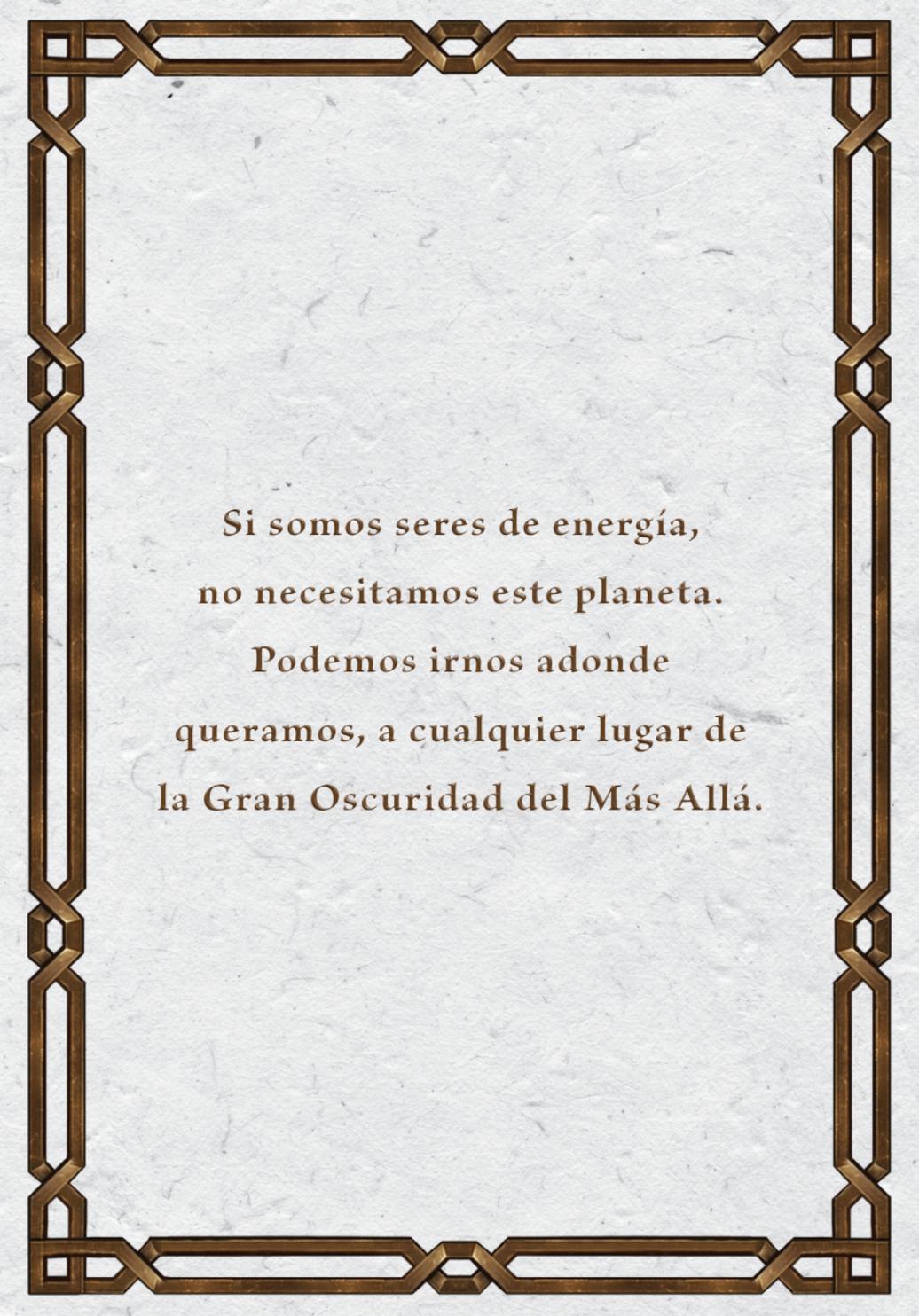
Seguí insistiendo:

—La Debilitación es imparable. Es un efecto secundario de las barreras y un fin inevitable para nuestro pueblo. Pero ¿y si no tiene que serlo? ¿Y si pudiéramos sobrevivir? Hablo de una transmutación de energía. ¡La transmutación de los *k'areshi*! Os lo garantizo: ¡es posible!

Levanté la mano y arranqué los vendajes que la cubrían. La carne estaba casi momificada y apenas se mantenía unida a los frágiles huesos, pero... Sí, se veía. El resplandor de lo Arcano. Era más débil que el de Krysson, pero estaba presente.

—No necesitamos seguir atados a nuestros cuerpos físicos. Gracias a los lazos reshii podemos transmutar nuestro ser para que sea otro distinto, uno hecho de *energía*. Así podremos sobrevivir, todos. Y también nuestro mundo. Podremos fundar un nuevo K'aresh y un nuevo futuro, libre de barreras y lejos del alcance de Dimensius.

Me detuve y, a mi alrededor, la Maraña guardó silencio. Maldije los vendajes



*Si somos seres de energía,
no necesitamos este planeta.
Podemos irnos adonde
queramos, a cualquier lugar de
la Gran Oscuridad del Más Allá.*

que estábamos obligados a llevar porque me impedían ver las auténticas reacciones del grupo. Pero lo cierto es que no tenía nada más que añadir. Sabía que los lazos reshii eran la clave de nuestra salvación, pero no sabía de qué manera. Me sentí avergonzado porque era consciente de que haría falta tiempo para desarrollar el mecanismo necesario para lograrlo.

Y la paciencia escaseaba cada vez más entre mis compañeros.

En ese momento intervino Nari.

—Es una estratagema desesperada —dijo—. La última carta de una raza moribunda.

Salhadaar y Bilaal se removieron, incómodos, mientras intercambiaban miradas de nuevo.

—Pero —prosiguió Nari— es nuestra última esperanza. Si los k'areshi queremos sobrevivir, no tenemos otra elección. —Me señaló—. Hasta ahora hemos sobrevivido gracias al trabajo del Peregrino.

Varios murmullos se alzaron en respuesta a esto. Se oyeron susurros. Krysson me cogió de la mano desnuda y, por primera vez en mucho tiempo, noté su piel contra la mía. Estaba quemada y reseca, y era frágil, sí, pero por unos instantes me perdí en recuerdos felices de tiempos pretéritos en compañía de mi amor.

Fue Bilaal quien interrumpió mi ensoñación. Quizá su intención fuera que solo Salhadaar escuchara esta palabra, pero algo en mi interior me dijo lo contrario.

—Blasfemia.

Krysson me cogió la mano con más fuerza mientras un jadeo de sorpresa resonaba en la cámara.

Salhadaar levantó las manos vendadas.

—Un poco de decoro, por favor. —Me miró—. Tengo muchas cosas en qué pensar.

Se volvió hacia la Maraña y añadió:

—Marchaos. Os convocaré de nuevo para comunicaros mi decisión final.

Dicho lo cual, la Maraña salió de allí.

Aquella fue la última reunión que se celebraría, pero yo no lo sabía en aquel momento.



No tuve noticias de Salhadaar al día siguiente, ni al otro, ni en los posteriores. Pero decidí no esperar a su dictamen —que era una mera formalidad, sin duda— porque sabía que mi tarea era urgente, el trabajo que me esperaba era complicado y el tiempo no corría a nuestro favor. Por eso comencé de inmediato a reunir los lazos reshii que todavía no había usado con los reactores Arcanos. Apenas había comenzado con mis labores cuando la voz apareció de nuevo.

«Sí, Peregrino. Reúnelos ahora, antes de que sea tarde».

No fue la primera vez que me quedé pensando sobre la voz. ¿Era real? ¿O era sencillamente una parte de mi mente que me hablaba? Porque mientras reunía los lazos reshii, el susurro continuó insistiendo en lo que ya sabía.

«Los lazos reshii son la clave del futuro. Ha llegado la hora de la ascensión para los k'areshi».

No podía actuar por cuenta propia, así que le pedí ayuda a Nari. Su red de agentes era una telaraña que se extendía por todo K'aresh, y harían falta muchas manos para reunir los lazos reshii.

Sin embargo, al tercer día, Nari me trajo noticias preocupantes. Sus agentes no habían tenido éxito porque los lazos reshii no se encontraban en sus refugios sagrados. Al parecer, los había reunido todos propio Salhadaar, pero Nari no tardó en aplacar mi entusiasmo. Dudaba sinceramente que el sumo sacerdote estuviera actuando en preparación a lo que se avecinaba. Había escuchado y visto muchas cosas durante sus viajes. Había rumores e intrigas; susurros que afirmaban Salhadaar ya no se hacía llamar sumo sacerdote y tenía la intención de anunciar algo públicamente al día siguiente.

Salhadaar tenía sus propios planes. Y, según Nari, esos planes no incluían a la Maraña.

Solicité la presencia de Ky'veza y de Krysson porque temía lo que iba a suceder y las quería tener a mi lado. No sé cuánto duró nuestra reunión. Pero no había pasado mucho tiempo cuando oímos el resonar de una campana por toda la ciudad. El sonido provenía de la plaza del mercado, adonde acudimos los cuatro a toda prisa. Al llegar, el lugar estaba tan lleno de ciudadanos envueltos en vendas como desde hacía mucho. Por lo visto, la información que conocía Nari se había propagado, y, no por primera

vez, maldije la dedicación a mi voto que me hacía ajeno a las noticias que recorrían el mundo.

La campana sonó una segunda vez, y vimos que alguien se movía en el balcón del capitolio. Salhadaar apareció junto a Bilaal. Pero había otra persona con ellos a la que no había visto desde hacía mucho tiempo.

—La escriba de almas —me susurró Ky'veza al oído—. Por fin sale de su escondrijo.

Eso era cierto. Desde la construcción de las barreras, el pueblo nómada de los Estudios se había integrado cada vez más con los ciudadanos de las ciudades-estado, pero ni siquiera Krysson había visto a la escriba de almas desde hacía muchos meses.

Salhadaar extendió los brazos y la muchedumbre quedó en silencio.

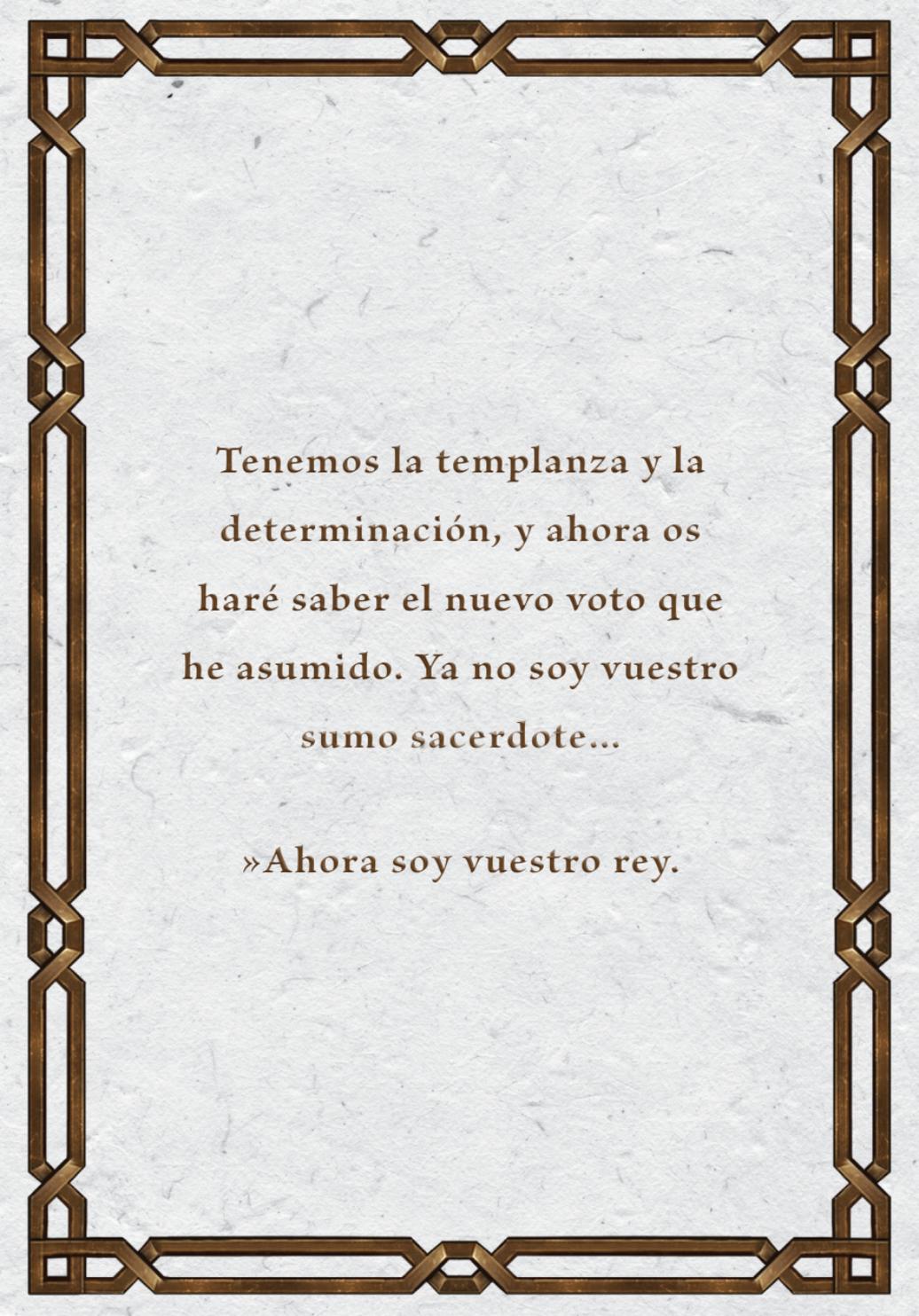
—El futuro de K'aresh se encuentra en el filo de la navaja —dijo—. No os voy a mentir, querido pueblo. Hemos luchado durante mucho tiempo para protegeros. Hemos trabajado muy duro para ofrecer os el futuro que os merecís. El Devorato es un tormento que no tiene fin, y los medios que nos protegen son un sufrimiento que solo es soportable durante un tiempo.

Había llegado la hora de la verdad y, a pesar de la voz en mi cabeza y de las advertencias de Nari, noté que recuperaba la confianza. Salhadaar estaba haciendo precisamente lo que le habíamos sugerido. La gente necesitaba saber lo que estaba por llegar porque, tras años de sufrimiento y cambios, ahora se encontraban ante el mayor de los desafíos.

—Se aproximan cambios —continuó Salhadaar—. Y son cambios que nos afectarán a todos. Durante los últimos años habéis trabajado sin descanso y habéis seguido la senda de vuestros votos. El Consejo de los Oráculos os ha pedido mucho, y la fuerza de los k'areshi ha resistido incluso cuando nuestros cuerpos se marchitaban y nuestra población se reducía.

Muy pronto nos enfrentaremos a la mayor de las pruebas y, por ese motivo, debemos permanecer unidos, dejar de lado nuestras diferencias y olvidar nuestros desencuentros. Tenemos la templanza y la determinación, y ahora os haré saber el nuevo voto que he asumido. Ya no soy vuestro sumo sacerdote...

»Ahora soy vuestro rey.



Tenemos la templanza y la
determinación, y ahora os
haré saber el nuevo voto que
he asumido. Ya no soy vuestro
sumo sacerdote...

»Ahora soy vuestro rey.

Noté al instante que mis compañeras se ponían tensas. Incluso yo tuve dificultades para comprender las intenciones de Salhadaar tanto como sus palabras. Su autoproclamación como rey no era una estrategia que yo previera o comprendiera.

—Y como vuestro rey, hay verdades que debo contaros —dijo Salhadaar.

Dicho esto, levantó la mirada hacia el cielo, hacia la cúpula rosada que se extendía sobre nuestras cabezas y nos protegía de la hirviente oscuridad del Vacío que había al otro lado.

—Las barreras nos protegen y nos condenan. Estamos atrapados dentro mientras la Debilitación nos destruye.

Dio un paso adelante en el balcón para mirar a su gente.

—Pero la Debilitación no ha sido un accidente, querido pueblo. Hay entre nosotros algunos que conspiraron y maquinaron. Diseñaron este destino buscando la perdición de los k'areshi mientras luchábamos por la supervivencia.

Sentí que Krysson me cogía de la mano con fuerza. Pensé en mi trabajo, en los preparativos que había hecho, en cada bocanada de aire que había dado para proteger el futuro de nuestro pueblo y de nuestro planeta.

No podía dar crédito a lo que estaba diciendo Salhadaar.

Pero allí, en aquel balcón elevado, el rey que acababa de proclamarse estaba señalando a alguien con su mano envuelta en vendas.

Me estaba señalando a *mí*.

—Ahí tenéis al Peregrino —dijo—. El hechicero del Vacío. ¡El architraidor! Y está en compañía de sus camaradas, los líderes de una conspiración que pretende entregarle este mundo al señor del Vacío. Ellos y sus aliados se han reunido en secreto para conspirar contra nosotros so pretexto de salvar K'aresh. Son los culpables de nuestra ruina, querido pueblo. Son los que nos han *engañado*. La Debilitación es obra suya. ¡Nos han traicionado a todos con sus blasfemias!

En ese momento noté que Krysson me tiraba de la mano. La confusión hizo presa de mí y sí, también el pánico, ya que de repente nos veíamos inmersos en un mar de enemigos a medida que nos rodeaba la gente de la plaza.

—¡Apresadlos! —dijo la escriba de almas con un grito agudo lleno de ira y de odio—. ¡Que no escapen!

En cuanto hubo pronunciado su orden ante la multitud, la amplia curvatura de la barrera Arcana se agrietó de una punta a la otra con el sonido de un centenar de estallidos atronadores. Al instante, la muchedumbre se agachó cubriéndose las cabezas con los brazos en alto. Entonces miraron hacia el cielo. Enmudecido por el terror, contemplé cómo se resquebrajaba una y otra vez el flujo rosado y acristalado que protegía Tazavesh, como si estuviera hecho de cristal de Tingarla y no de energía Arcana.

Todos se quedaron mirando..., salvo la escriba de almas y Salhadaar. Mientras el miedo de la muchedumbre se transformaba en una ira terrible dirigida hacia mi grupo, dirigí una mirada de reojo hacia el balcón del capitolio. Y los vi: a los verdaderos traidores y conspiradores. La pareja intercambiaba susurros sin el menor atisbo de terror en ellos.

Mientras la barrera chisporroteaba y comenzaba a desvanecerse, el cielo volvió a teñirse del horrible brillo púrpura del Vacío, así que la atención de la muchedumbre volvió a centrarse en los acusados por su rey.

Fue una suerte que Nari y Ky'veza estuvieran con nosotros. Su habilidad de combate era impresionante y, a pesar de estar rodeados, se trataba de ciudadanos que no estaban entrenados. Mis dos amigas consiguieron apartar rápidamente a los alborotadores, lo que nos permitió escapar de la plaza sin el menor rasguño. Nari iba delante, ya que su gran conocimiento de la ciudad y de sus secretos era una gran ventaja para buscar un lugar donde ocultarnos. A mí me daba vueltas la cabeza, y lo único que podía hacer era seguir al resto sin soltarle la mano a Krysson.

Pero ahora toda la ciudad estaba en nuestra contra. Encontrábamos ciudadanos en cualquier callejón y vía pública, todos furiosos y algunos armados, ya que el decreto real se había oído por toda la tierra y era un mensaje que el Consejo de los Oráculos había repetido y amplificado.

Mientras corríamos, no tardé en darme cuenta de que yo era una carga y estaba ralentizando nuestra huida. Nos detuvimos en una esquina oscura y les conté mi plan. Había que proteger a Krysson, y Ky'veza me prometió que se haría cargo. A pesar de la traición del rey, sabía que tenía trabajo que hacer y que todavía había esperanza, por mínima que fuera, para usar los lazos reshii y salvar a los k'areshi. Para ello, Nari me

protegería y me ayudaría.

Nos separamos con una rápida despedida y prometimos reunirnos cuando fuera seguro hacerlo. Me quedé mirando cómo desaparecían Ky'veza y Krysson por un callejón.

Y entonces eché yo también a correr, igual que todos a nuestro alrededor, mientras la ciudad caía presa de las revueltas, el cielo se oscurecía, el Vacío se arremolinaba y toda esperanza que hubiera podido albergar alguna vez desaparecía junto a las barreras que nos protegían.



Alleria Brisaveloz detuvo su marcha en la cima de una alta meseta de la Falla de Telogrus.

—¿Y?

El Peregrino dejó de examinar el camino que tenía delante para volverse hacia su aprendiz.

—¿Alguna pregunta?

—Pues tengo muchas —dijo Alleria—. ¿No vas a contarme lo que sucedió después?

El Peregrino hizo una pausa.

—Hay poco que contar —dijo—. Con el tiempo, Nari y yo tuvimos éxito en nuestro cometido.

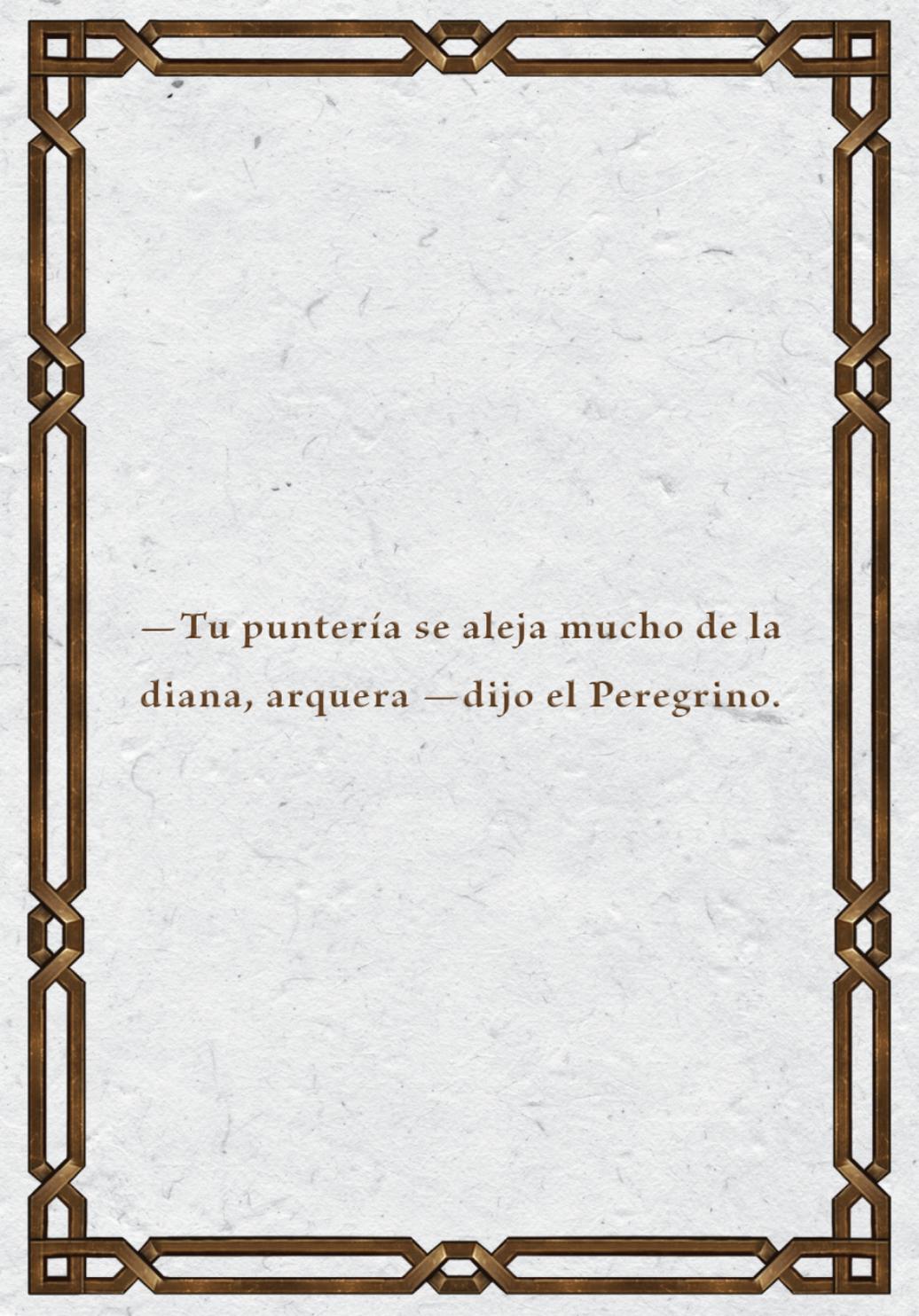
—¿Con el tiempo? —Alleria suspiró—. ¡Debo saber algo más que eso!

—¿Es necesario? —preguntó el Peregrino—. Los lazos reshii nos salvaron. Transmutamos a nuestro pueblo en seres de energía. Dimensius acabó llegando y consumió K'areh. No había nada que los k'arehi pudieran hacer para detenerlo, pero, en cierto modo, logramos sobrevivir.

Alleria notó que se le aflojaba la mandíbula a causa de la sorpresa.

—¿Y qué hay de Krysson? ¿Qué fue de ella? ¿Y qué ocurrió después de que el rey os denunciara? Hablas de todo eso como si no te hubiera afectado.

—Ocurrieron muchas cosas —dijo el Peregrino—. A mucha gente. Nunca volví a



—Tu puntería se aleja mucho de la
diana, arquera —dijo el Peregrino.

ver a Krysson. En cuanto a Nari y Ky'veza..., Salhadaar y la escriba de almas...

Dejó la frase en el aire. Alleria lo miró con firmeza mientras apretaba y soltaba el mango de su arco, presa de la frustración.

—Es una historia para otro momento —dijo al fin—. Los k'areshi sobrevivieron. Algunos de ellos, al menos.

Alleria negó con la cabeza.

—Sobrevivieron y los abandonaste y te aislaste. ¿Por qué? ¿Por penitencia? ¿Por vergüenza? ¿Por miedo? Seguro que ahora te necesitan tanto como tú los necesitaste a ellos en su momento.

—Tu puntería se aleja mucho de la diana, arquera —dijo el Peregrino.

Alleria suspiró, frustrada.

—Quizá tu clase de historia haya sido menos útil de lo que imaginas. ¿Pretendías darle equilibrio a mi mente con una simple distracción?

—Son tus *lazos* lo que te desequilibran, Alleria. Libérate de las cosas que te entorpecen, de esas personas que te importan. Te impiden convertirte en lo que estás destinada a ser.

—¿Las personas que me importan? ¿Que haga lo mismo que hiciste tú con Krysson? ¿Con Ky'veza?

El Peregrino se acercó.

—Puede que *sí* lo estés entendiendo. La lección no era la historia de K'aresh, a pesar de que es lo que me pediste. La lección era la historia de *Krysson*. Con su historia esperaba enseñarte que hay caminos que están destinados a bifurcarse y que hay destinos que no están diseñados para entrelazarse tanto. Que hay futuros que existen, pero deben existir por separado. Para encontrar tu verdad, debes darte cuenta de esto y tomar una decisión. Pon en un lado de la balanza el bien de tu gente, el bien de los tuyos, y pon en el otro *tu* propio bien.

Alleria se quedó mirando al Peregrino, tratando de desenmarañar su mensaje. *Había* sabiduría en sus palabras, estaba segura de ello...

—¡Allí!

Alleria se dio la vuelta de golpe. Ya no estaban solos en la meseta. Habían encontrado al aparecido del Vacío.

O, mejor dicho, el aparecido del Vacío los había encontrado a *ellos*.

La criatura se alzaba sobre ellos como una tormenta viviente y arremolinada de energía del Vacío. Una humareda púrpura de poder oscuro se elevaba desde sus hombros, de los que brotaban seis alas desgarradas con forma de espadas. Encorvada, tenía el rostro oculto tras una pesada máscara de hierro que no mostraba más que una mandíbula abierta llena de dientes afilados. Su horrorosa forma estaba rodeada por un poder reluciente, como si fuera una escarcha maldita que hacía aparecer puntitos en la vista de Alleria. Parpadeó para aclararse la vista y, mientras se mentalizaba para la batalla, notó que el corazón resonaba en el fondo de su pecho y de sus oídos...

No. El sonido no se debía al miedo o a la confusión de sus pensamientos. Era una voz. Un susurro, una llamada que recorría la distancia infinita del Vacío Abisal. La voz la atraía. Era completamente extraña y, a la vez, muy conocida.

Alleria se alejó de la criatura. Vio al Peregrino a su espalda, flotando sin moverse y con la vista fija en el aparecido. Mientras ella observaba, extendió un brazo hacia la criatura, pero en un gesto pacífico, casi... amistoso.

El Peregrino sabía algo sobre el aparecido que no le había contado. Le había dicho que era una criatura más poderosa que el resto de las que se habían encontrado, pero que su naturaleza era la misma. No obstante, nunca le había dicho *cómo* supo que estaba en la Falla de Telogrus ni *por qué* era tan importante acabar con ella.

La voz volvió a llamar. En la mente de Alleria era la de una mujer, aunque quizá fuese un eco de su propia voz.

Pero... ¿también podía oírla el Peregrino? ¿Por *eso* había sabido que la criatura estaba en aquel lugar?

De repente, la voz se desvaneció y el súbito silencio en la mente de Alleria resonó como una campana. Miró de reojo al Peregrino, que tenía el brazo extendido, pero ahora con el puño cerrado.

—Ahora —dijo—. *Este* es el momento.

Alleria se dio la vuelta lentamente mientras tensaba el arco con fuerza. Notó cómo se le clavaba dolorosamente en el labio inferior y también cómo la mano le estiraba la piel de la cara dejando al descubierto los dientes. Recorrió con la mirada la línea de la flecha para apuntar al corazón de la criatura.

Pero no disparó.

—*Alleria*, date prisa —dijo el Peregrino—. Dispara antes de que se dé cuenta.

Alleria bajó el arco.

—Quiero saber quién es antes de matarla.

Puede que esperara otro sermón u otra lección camuflada en un acertijo. En vez de eso, el Peregrino, con un gruñido, cargó hacia delante haciendo que Alleria echara el cuerpo a tierra mientras él lanzaba su ataque. Alleria rodó por la tierra y vio que el aparecido del Vacío comenzaba a girar y a alargarse. El poder de las Sombras estaba creciendo en su interior mientras se concentraba en el inminente ataque. En cuestión de un mero instante, pasó a tener el doble de su tamaño original, eclipsando al Peregrino.

Alleria se puso en pie. Suspiró, apretó los dientes, apuntó y disparó.

La batalla fue breve pero encarnizada. Cuando terminó, Alleria y el Peregrino volvieron a quedarse a solas en la meseta mientras las energías del aparecido se evaporaban como un humo coloreado para volver al Vacío Abisal. Lo único que quedaba de la criatura era su corazón, un núcleo palpitante de energía del Vacío que flotaba frente a ellos.

Alleria se colgó el arco sobre la espalda y fue a cogerlo. Mientras lo hacía, notó el leve tirón del Vacío en la mano. Era consciente de lo que debía hacer. Ya lo había hecho antes. El Peregrino le había enseñado a hacerlo.

—Detente.

Alleria bajó el brazo. —Creía que...

—Te lo dije antes. Este *me pertenece*.

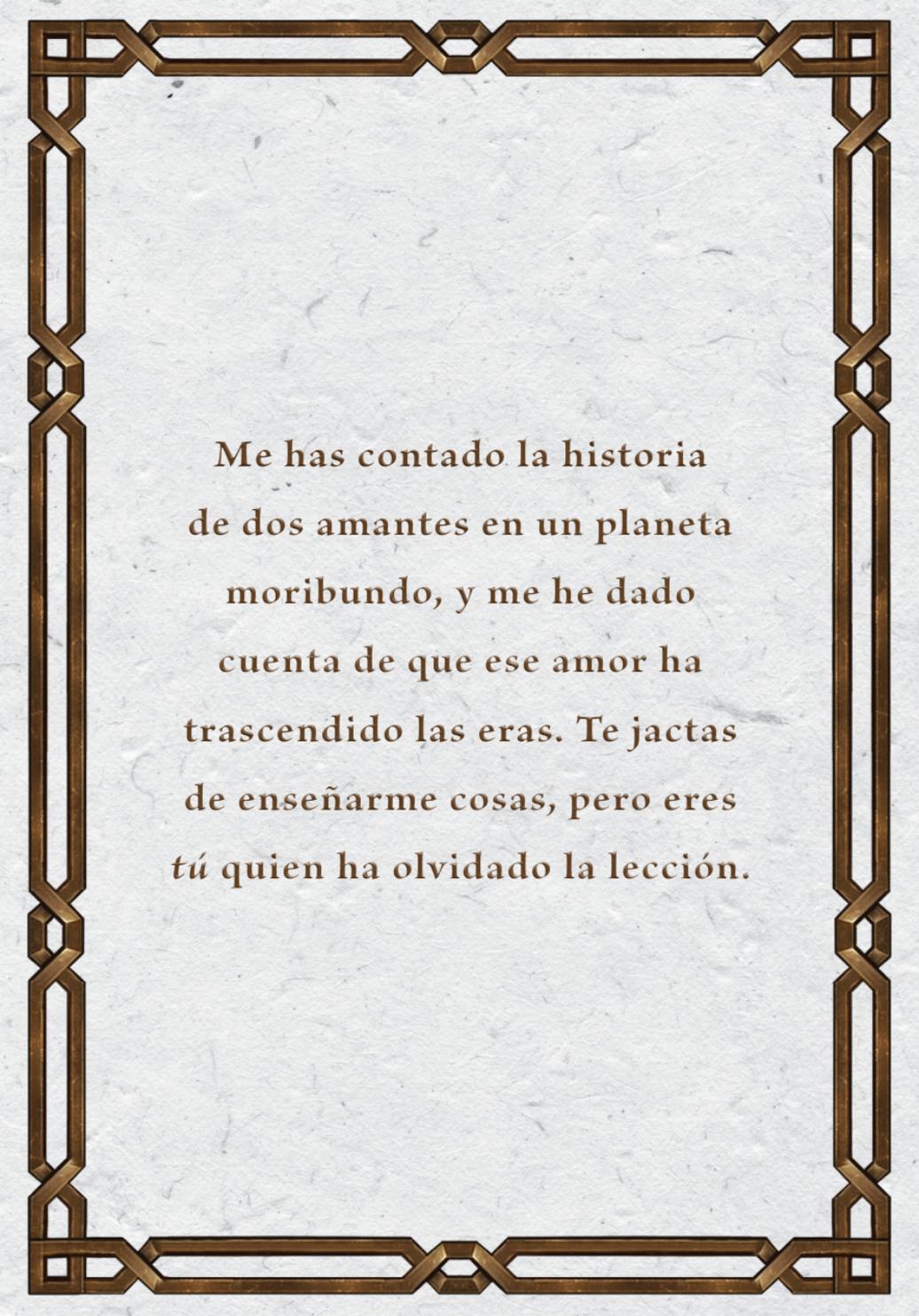
El Peregrino se acercó y Alleria dio un paso atrás. Notó el latido de su propio corazón.

Debía saberlo.

—Esta criatura... —susurró—. Ese aparecido del Vacío...

—Pregúntamelo de una vez.

Alleria estiró el brazo y cogió el corazón. Al apretarlo, sintió un zumbido incómodo, así como el regusto eléctrico del Vacío que parecía surgir de forma invisible a su alrededor. La voz volvió a llamarla. Quizá fuera su propia voz. Quizá fuera un eco del Vacío.



Me has contado la historia
de dos amantes en un planeta
moribundo, y me he dado
cuenta de que ese amor ha
trascendido las eras. Te jactas
de enseñarme cosas, pero eres
tú quien ha olvidado la lección.

O quizá fuera un eco de otra persona.

—¿Sabes quién fue esta criatura? —preguntó.

La mano del Peregrino volvió a convertirse en puño.

—Eso *me pertenece*.

—Lo sé —dijo Alleria—. Siempre ha sido así, ¿verdad?

El Peregrino no dijo nada.

—Te equivocas, Peregrino —dijo Alleria—. Mi fuerza, mi *equilibrio*, salen precisamente de aquellos a los que quiero. No son un peso que deba contrarrestar para no venirme abajo. Mi amor por ellos no es algo que deba purgar para que mi mente se purifique o para aclarar mi concentración. Mi fuerza sale de ellos.

Se acercó al Peregrino sujetando el corazón del Vacío en la mano.

—Hubo un tiempo en el que *tu* fuerza también salió de ese lugar. Me has contado la historia de dos amantes en un planeta moribundo, y me he dado cuenta de que ese amor ha trascendido las eras. Te jactas de enseñarme cosas, pero eres *tú* quien ha olvidado la lección. Es cierto que el futuro abre muchos caminos, y ahora otro se abre ante mí. Y es un camino que me temo que tú no viste en su momento.

Alleria abrió la mano. El corazón del Vacío flotaba en el aire, rodeado por un halo violeta sobrenatural. Al cabo de un instante, comenzó a moverse lentamente hacia el Peregrino.

—O quizá te alejaste de él —dijo Alleria—. Eso ya no lo sé. No era mi historia.

Con estas palabras, se dio la vuelta.

—Debo volver a Dalaran. Khadgar espera mi informe. —Se volvió—. Quizá ahora te pares a pensar sobre la lección que *yo* te he dado a *ti*.

Se alejó caminando por la árida meseta mientras el Vacío centelleaba sobre su cabeza. El Peregrino se quedó a solas con sus pensamientos y con su pasado. Frente a él, flotaba el corazón del Vacío.

Pasó un largo rato antes de que estirara el brazo para cogerlo. Hizo una pausa durante un segundo, y luego lo consumió y desapareció.

Y con él, el recuerdo de un amor de otros tiempos.

SOBRE EL AUTOR

Adam Christopher es el autor de varias novelas aparecidas en la lista de superventas del *New York Times* como *Star Wars: Master of Evil*, *Star Wars: Shadow of the Sith* y *Stranger Things: Darkness on the Edge of Town*. También ha escrito novelas oficiales relacionadas con la exitosa serie de televisión de la CBS *Elementary* y para la galardonada franquicia de videojuegos *Dishonored*. Cocreador de la versión del siglo XXI del superhéroe de Archie Comics The Shield, ha trabajado como guionista para la serie *Lazarus* de Greg Rucka y Michael Lark en Image Comics y para el universo de *Doctor Who* de Big Finish y BBC Audio. Adam ha contribuido a la antología del aniversario *Star Wars: From a Certain Point of View*, un éxito de ventas a nivel internacional, y también ha trabajado como guionista para el cómic *Star Wars Adventures* de IDW, dirigido a todas las edades. Entre sus novelas originales se cuentan *Made to Kill* y *The Burning Dark*, por citar algunas. Su primera novela, *Empire State*, fue nombrada Libro del año por *SciFiNow* y el *Financial Times*.